

Crónicas materiales precolombinas

Arqueología de los primeros poblados del Noroeste Argentino

M. Alejandra Korstanje, Marisa Lazzari,
Mara Basile, Fabiana Bugliani, Verónica Lema,
Lucas Pereyra Domingorena y Marcos Quesada (editores)

2015



Crónicas materiales precolombinas: arqueología de los primeros poblados del Noroeste Argentino / María Alejandra Korstanje ... [et al.] ; compilado por María Alejandra Korstanje ... [et al.]. -
1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Sociedad Argentina de Antropología, 2015.
Libro digital, PDF - (Publicaciones de la Sociedad Argentina de Antropología / Luna, Leandro Hernán)

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-1280-27-8

1. Arqueología. I. Korstanje, María Alejandra II. Korstanje, María Alejandra, comp.
CDD 930.1

Fecha de Catalogación: 1/12/2015

Publicaciones de la Sociedad Argentina de Antropología.
Serie dirigida por el Dr. Leandro Luna (CONICET/Museo Etnográfico J.B. Ambrosetti)
edicionessaa@gmail.com

Libro coeditado por M. Alejandra Korstanje, Marisa Lazzari, Mara Basile, Fabiana Bugliani, Verónica Lema, Lucas Pereyra Domingorena y Marcos Quesada.

Comité Asesor:

Lic. Carlos A. Aschero (CONICET/Instituto de Arqueología, Universidad de Tucumán)

Dr. Billie R. Dewalt (Musical Instrument Museum)

Dra. Dominique Legoupil (CNRS / Universidad de La Soborna).

Dra. Lidia R. Nacuzzi (CONICET /Universidad de Buenos Aires).

Dra. Mónica Quijada (CSI / Centro de Humanidades del Instituto de Historia Madrid).

Dra. Alcira R. Ramos. (Departamento de Antropología, Universidad de Brasilia).

Dra. Alejandra Siffredi (CONICET /Universidad de Buenos Aires).

Dra. Myriam N. Tarragó (CONICET /Universidad de Buenos Aires).

Dr. Hugo D. Yacobaccio (CONICET /Universidad de Buenos Aires).

Diseño de Tapa en base a obras de Andrés Tríbulo.

Diagramación: Beatriz Bellelli.

©2015, by Sociedad Argentina de Antropología

Sociedad Argentina de Antropología
Moreno 350. (1091) Buenos Aires.
sociedadargentinaantropologia@gmail.com

ISBN 978-987-1280-27-8

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina- Printed in Argentina



Diseño de tapa en base a fragmentos de
"Horco Molle".

Autor: Andrés Tríbulo, artista tucumano.



Diseño de separadores en base a:
"Girasoles".

Autor: Andrés Tríbulo, artista tucumano.

6 HACIA LOS PRIMEROS POBLADOS EN AZUL PAMPA, JUJUY. Lidia Clara García, Elvira Inés Baffi y Patricia Soledad Higa	183
7 LA GENTE Y SUS PRÁCTICAS EN LAS TIERRAS BAJAS Y ALTAS DEL OESTE TINOGASTEÑO EN LOS SIGLOS I A XIII D.C. (CATAMARCA, ARGENTINA). Norma Ratto, Mara Basile, Anabel Feely, Irene Lantos, Luis Coll, Dolores Carniglia y Juan Pablo Miyano	215
8 TRAS LAS HUELLAS DEL FORMATIVO. NORTE DE LA PROVINCIA DE LA RIOJA. Adriana Callegari, María Elena Gonaldi, Gisela Spengler, María Gabriela Rodríguez, María Eugenia Aciar, Roberto Pappalardo y María Lucia Wisnieski	247
9 UNA PUESTA AL DÍA SOBRE EL FORMATIVO DE LA QUEBRADA DEL TORO (SALTA, ARGENTINA). María Eugenia De Feo	277
10 REMODELANDO EL FORMATIVO. APORTES PARA UNA DISCUSIÓN DE LOS PROCESOS LOCALES EN LAS COMUNIDADES AGROPASTORILES TEMPRANAS DE ANTOFAGASTA DE LA SIERRA (CATAMARCA, ARGENTINA). Sara M. L. López Campeny, Andrés S. Romano y Carlos A. Aschero	313
11 ARQUEOLOGÍA EN ESPACIOS CONTRASTADOS EN LOS PIEDEMONTES ORIENTAL Y OCCIDENTAL DE CUMBRES CALCHAQUÍES (TUCUMÁN- ARGENTINA) DURANTE EL 1° Y 2° MILENIO DE NUESTRA ERA. Mario Alejandro Caria y Julián Patricio Gómez Augier	355
12 PRÁCTICAS SOCIALES EN EL PASADO Y PRESENTE DE LAGUNA BLANCA (DPTO. BELÉN, CATAMARCA): REFLEXIONES EN TORNO AL MODO DE VIDA COMUNITARIO AGROCÉNTRICO. Daniel D. Delfino, Valeria E. Espiro y Alejandro R. Díaz	385
13 HABITAR, CIRCULAR, HACER. EL PUNTO DE VISTA DE LA QUEBRADA. María Cristina Scattolin, María Fabiana Bugliani, Lucas Pereyra Domingorena, Leticia Inés Cortés, Marisa Lazzari, Andrés Darío Izeta y Cristina Marilyn Calo	427
14 CAMBIOS DEL PAISAJE DURANTE EL FORMATIVO EN LA REGIÓN ANDINA DEL NOA Y CHACO. Julio Kulemeyer, Ricardo Cortés y Liliana Lupo	465

SECCION 3 – Tiempo y vivencia cultural: artefactos, arquitectura, representaciones

15 ENTRE MUROS Y VASIJAS: ENTIERROS Y MEMORIA EN SORIA 2, VALLE DE YOCAVIL. Romina Spano, M. Solange Grimoldi, Valeria Palamarczuk y Alina Álvarez Larrain	485
------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	-----

PRÁCTICAS SOCIALES EN EL PASADO Y PRESENTE DE LAGUNA BLANCA (DPTO. BELÉN, CATAMARCA): REFLEXIONES EN TORNO AL MODO DE VIDA COMUNITARIO AGROCÉNTRICO

Daniel D. Delfino*, Valeria E. Espiro** y R. Alejandro Díaz***

ABSTRACT

Since the beginning of the 1990s we have been involved with the region of Laguna Blanca through a series of experiences that integrate multiple disciplines, objectives, and actors. Our challenge is to rethink and reverse the historical construction of this region as a dot on a map (as site or oasis), which has simplified the social dynamics of this complex territory by making it peripheral to processes generated elsewhere. In this article, we review previous discussions of local processes in terms of regional history, critically reflecting on the way they have framed time and space and interpreted historical subjects. We critically examine the “Formative” concept, and in light of recent studies, we propose “Modo de Vida Comunitario Agrocentrico” (agro-centric communitarian lifestyle) as a better alternative. Applying the latter to the local history of Laguna Blanca, we implement a ‘shoemaker’s drawer’ approach, which includes ‘tools’ taken from practices observed in societies of diverse traditions, geographies, and times, including ethnographic observations, historical studies, archaeological evidence and other sources.

Keywords: *Mode of Life – Agrocentric – Social practices – Laguna Blanca*

* Universidad Nacional de Catamarca. Instituto Interdisciplinario Puneño-UNCa, Museo Integral de la Reserva de Biosfera de Laguna Blanca y Escuela de Arqueología. E-mail: dddelfino@yahoo.com.ar.

** Universidad Nacional de Catamarca. Instituto Interdisciplinario Puneño-UNCa, Museo Integral de la Reserva de Biosfera de Laguna Blanca y Escuela de Arqueología. E-mail: valespiro@yahoo.com.ar.

*** Universidad Nacional de Catamarca. Instituto Interdisciplinario Puneño-UNCa, Museo Integral de la Reserva de Biosfera de Laguna Blanca y Escuela de Arqueología. E-mail: alesandrus@yahoo.com.ar.

INTRODUCCIÓN

Desde comienzos de la pasada década del noventa nos encontramos transitando una experiencia académica comprometida en la región de Laguna Blanca, que partió de los planteamientos de una arqueología socialmente útil (Delfino y Rodríguez 1991)¹. Nuestras propuestas adoptaron, desde un principio, una modalidad programática fundada en un doble “control de calidad”. Uno que parte desde la elección teórico-metodológica sobre el que se articulan los estándares y criterios de eficacia científico-académicos (los ya legitimados recursos de la ciencia), y el otro, que respondiendo a los intereses de las comunidades locales –en donde se insertan nuestros estudios (Delfino y Manasse 1986)–, se debe a ellas guiando inicialmente las condiciones que dan fundamento al contrato cognoscitivo (Rabey y Kalinsky 1986)². Habida cuenta que los enunciados, asertos, hipótesis e interpretaciones no son ideológicamente neutros, los mismos tienen la potencialidad de modificar la dinámica presente de las comunidades locales al traer nuevos elementos tendientes a poner en marcha un proceso de re-significación de su historia, modificando los términos de las negociaciones internas hacia sentidos no previstos y que podrían alterar los procesos de autodeterminación y autogestión comunitarios (en términos políticos, económicos, socio-culturales, u otros). Fundado en lo precedente, consideramos que esta propuesta debía partir de un posicionamiento localmente situado de la historia. En este contexto, cobraron sentido las preguntas que nos venimos haciendo sobre el pasado de la región de Laguna Blanca. En el marco de la arqueología de los Andes Centro-sur esta región había sido remitida a lo que denominamos un “imaginario puntiforme”³, haciéndola gravitar como periferia de procesos sociales generados en lugares distantes (González 1955, 1963, 1979; Núñez y Dillehay 1995 [1978]; Raffino 1991 [1988]; Scattolin y Bugliani 2005; Tarragó 1984, entre otros autores). En el presente escrito, volvemos a discutir los procesos locales en términos de la historia regional en el sentido de revertir este imaginario.

¹ Entendemos que una ciencia socialmente útil es aquella que, con una actitud crítica hacia el *statu quo*, reflexiva y politizada se halla comprometida con un proyecto de cambio y emancipación social de las clases subalternas; aquella que apunta a la satisfacción de los fines y necesidades de los sectores populares, tanto a los de mayor trascendencia histórica como a los más inmediatos y “prosaicos” que hacen a sus condiciones materiales de vida (Delfino y Rodríguez 1991).

² Este concepto no supone la sustitución de los propios modos de conocimiento por otros ajenos sino que pretende hacer “[...] confluir actitudes, percepciones, fragmentos de visiones del mundo”, intereses y expectativas (Rabey y Kalinsky, 1986:16) de un modo tal que “[...] las condiciones del vínculo delimitan el campo de las posibilidades de la verdad” (*idem* p. 12). La comunidad local debe ser necesariamente co-investigador con el arqueólogo. Sólo esta asociación producirá un conocimiento igualmente útil para ambos. (Rabey y Kalinsky, 1986:15) (tomado de Delfino y Rodríguez 1991).

³ Con este concepto pretendemos describir el mecanismo reduccionista que se ha empleado en síntesis clásicas de la arqueología del Área Circumpuneña mediante el cual se sobre-simplificaron muchos de los procesos acaecidos en vastos territorios equiparándolos a realidades que se ciñen a dinámicas circunscriptas a sitios-oasis (ver Delfino 1999, Delfino *et al.* 2007).

DECONSTRUYENDO AL FORMATIVO

Podemos acordar que todo concepto posee un contexto de generación propio, el cual impregna estas construcciones, no sólo las características teóricas y metodológicas, sino también su marco socio-histórico. En este sentido, el análisis del concepto “formativo” nos remite a un tiempo genésico común para las disciplinas antropológicas e históricas, transportándonos de inmediato a la Europa del siglo XIX y la construcción social del pasado americano. Camino que, en nuestro caso, nos trae hasta el presente de las arqueologías del Noroeste argentino.

De la mano de la creciente economía impulsada por la Revolución Industrial y la expansión colonial, la sociedad europea mediante la síntesis occidental intentó organizar al mundo no-europeo en sus propios términos, articulando un pasado jerárquicamente eurocentrado. Tanto el tiempo como el espacio fueron seccionados y las sociedades indígenas fueron caracterizadas desde una visión fundada en el evolucionismo unilineal. Concordantemente los filósofos europeos colocaron al continente americano en un estadio de “juventud” -así por ejemplo Hegel, tradujo a Europa en términos de presente, asociando a América con el futuro y llevando a Asia a la asimilación con el pasado, mientras que África quedó por fuera de toda consideración en este ordenamiento trascendental (Walsh 2002).

La situación comenzaría a cambiar a partir de finales del siglo XIX. Acompasando los reagrupamientos coloniales y las fricciones generadas con el floreciente imperialismo norteamericano -de inspiración doctrinaria suscripta por James Monroe- los intelectuales fueron reajustando las propuestas sobre el pasado de las Américas. En este marco, surgen las corrientes historicistas y multievolucionistas cuyos mayores desafíos fueron explicar las particulares formas de los desarrollos históricos americanos, dando lugar a diversas propuestas entre las que podemos mencionar las de Spinden (1917), Kroeber (1930), Steward (1948, 1949, 1955), Rowe (1962), Bennett *et al.* (1948), Wissler (1938), Willey y Phillips (1958), Ford (1969), entre muchos otros. Autores que por fuera de sus inclinaciones teóricas particulares, y pretendiendo superar las limitaciones explicativas del evolucionismo unilineal, quedaron conjugados en una base funcional-evolucionista común (Lumbreras 2006).

En términos generales, para dar contenido al concepto de “Formativo” los autores mencionados *ut supra* recurrieron a una serie básica de rasgos esencialistas de inequívoca identificación, los que resultarían sistemáticos e invariables. Estos rasgos emblemáticos, sumados en algunos casos a otros particulares serían: presencia de cerámica, evidencias directas o indirectas de agricultura, agrupamientos sedentarios estables y organización sociopolítica simple. No obstante, a pesar del intento de apartarse de los enunciados del Viejo continente, paradójicamente encontrarían muchas semejanzas con el concepto de “Neolítico” childeano (Staller 2006:44). Así la concepción de Formativo, identificada como un “Período Neolítico Americano”, incorporó también en su contenido las mayores debilidades de ese enunciado, que entre otras “asumía como referente tecnológico de base la aparición de la cerámica” (Lumbreras 2006:12).

El afianzamiento de los Estados Unidos desde inicios del siglo XX y su gran despegue producido al finalizar la Segunda Guerra Mundial haría que los intelectuales latinoamericanos, influenciados inicialmente por las propuestas teóricas y metodológicas de Europa, redirigieran su foco de influencia hacia el país del Norte de nuestro continente. En la arqueología aquello se expresó en la utilización de sus marcos teóricos y metodológicos; situación

apreciable muy especialmente en los países donde la “política del buen vecino” (Meneses 1992) nació para servir de soporte de las apetencias económicas dominantes (ej. Venezuela, México, Guatemala, Perú, etc.).

En nuestro medio, una parte significativa de la Arqueología argentina fue influenciada de manera diferencial por los representantes de la Escuela Histórico-Cultural. Consecuentemente, en el Noroeste argentino (NOA) las construcciones se acercaron a propuestas norteamericanas, desvinculándose de la llamada Escuela de Viena (Boschín y Llamazares 1986). La evidencia más paradigmática de las influencias norteamericanas en la arqueología de la región fue la obra de Bennett *et al.* (1948), quienes a mediados de la década del cuarenta emprenden un exhaustivo análisis bibliográfico sobre la Arqueología argentina (Pérez 1973, Rivolta 1997). Los caminos transitados por estos investigadores estadounidenses –a escala regional–, fueron retomados a partir de los cincuenta por González (González 1954, 1955, 1961-1964, 1980). Formado en la escuela normativa imperante en los Estados Unidos, su extensa labor abarcó diversas temáticas, siendo la búsqueda de un marco crono-cultural “maestro” un aporte crucial para la Arqueología del NOA. En este contexto, y a lo largo de las distintas modificaciones a sus propuestas de periodificación, el “Período Temprano” de González conservó la misma asociación de los “rasgos esencialistas” (agricultura + cerámica) que caracterizarían al concepto Formativo⁴.

En consonancia con una Latinoamérica encendida⁵, a inicios de los setenta la arqueología asistió a la consolidación de una alternativa científica plasmada en la Reunión de Teotihuacán (Lorenzo *et al.* 1975). La corriente de Arqueología Social Latinoamericana, reconocida como el primer movimiento teórico, crítico y reivindicatorio de los estudios de las historias de los pueblos de nuestro continente, se estructuró sobre bases del Materialismo Histórico. En concordancia con Lumbreras (1969, 1974), Núñez Regueiro (1974) propone una interpretación de los procesos sociales prehispánicos del NOA, introduciendo el concepto de “Formativo” desdoblado en tres sub-períodos según el modo de producción y la forma en que se reflejaría la superestructura.

En los ochenta, junto a la importación de teorías neo-funcionalistas, Olivera (1988:83) propone que el Formativo no debe asimilarse a un período, sino que debe entenderse como un tipo de sistema que implica estrategias adaptativas determinadas y organizadas en función de cierta opción productiva, complementada por la caza y recolección, un mayor grado de sedentarismo y la incorporación de tecnologías adecuadas.

En los noventa, Raffino se acerca al neo-evolucionismo cultural para definir al formativo como el tiempo de los “dominios tribales”, de las sociedades comunitarias sedentarizadas en poblados estables y productoras de energía, que se suceden gradualmente a las bandas nómades (Raffino 1991:4). Por otro lado, Tarragó (1996:104) propone abandonar la

⁴ Es dable destacar que aunque el período Temprano se caracterizaba por la aparición de cerámica y agricultura, los estudios centraron su atención casi exclusivamente sobre el primer indicador. Como señalaran otros autores el estudio de los espacios de producción agrícola no fue tratado en profundidad hasta los años '90 (Albeck 1993; Korstanje 1996a, 2005, 2011; Quesada 2001, 2006).

⁵ Un continente convulsionado donde se enfrentaron proyectos conservadores de la mano de regímenes dictatoriales de derecha con movimientos insurgentes fundados en manifestaciones populares –y donde el uso de las armas subrayó la mayoría de estos argumentos–, y que en conjunto sirvió de teatro de operaciones para lo que fuera denominado, “Guerra Fría”.

connotación cronológica del concepto de Formativo y fijar el interés en sus características esenciales: la vida en aldea, de índole comunitaria –siendo las unidades domésticas las que programan su subsistencia– y una producción agropecuaria estabilizada.

En la década pasada, Korstanje (2005:91) ha discutido el concepto entendiéndolo como un evento de larga duración que permite ver los procesos como un juego dialéctico entre la continuidad y discontinuidad histórica, eludiendo las connotaciones de la tradición culturalista que ha seguido esa periodización. Para ello, parte desde una perspectiva agrícola como vía de acceso al problema social, tomando al período aldeano completo y a los campesinos formativos como sus principales actores sociales. Para Korstanje, los agentes compartirían el sistema económico y las estrategias adaptativas definidas por Olivera, la cultura material definida por González y Pérez, y la organización económica definida por Núñez Regueiro, sin ser universales y sin continuar hasta la actualidad.

A manera de síntesis, luego de medio siglo de aplicación del concepto, un puñado de atributos específicos compartidos entre múltiples sociedades prehispánicas parece resumir los acuerdos en torno a su definición. Ahora bien, si acaso llegásemos a consensuar una única categoría invariable, de apariencia flexible, aplicable a todas las interpretaciones generadas para la variabilidad social, ¿resultaría suficiente este “piso” de acuerdos?

Más allá de las diferencias teóricas de quienes empleen el término, buena parte de las bases “esencialistas” continúan operando como supuestos tácitos (Delfino *et al.* 2007d, 2009:116; Muscio 2009). De cualquier modo, la ambigüedad del concepto posibilitó un ámbito fructífero para las discusiones. Una instancia alternativa difícilmente podrá llegar por medios confirmacionistas, en cambio, parece saludable iniciar un camino inverso a través del análisis de contraejemplos que nos muestren los límites, preconceptos y sesgos en los que podríamos estar incurriendo.

LOS “CISNES NEGROS”: APORTES DESDE LA REGIÓN DE LAGUNA BLANCA

Como puntualizáramos, el concepto Formativo remitía a la articulación de una serie de rasgos de presencia consuetudinaria ineludible (cerámica, aglutinación comunitaria sedentaria y economía productiva simple), aplicados para caracterizar sociedades de un tiempo definido (por ejemplo para el NOA, remite a una franja temporal que va desde el 600 A.C. al 1000 D.C. -*sensu* Núñez Regueiro 1974). Pues bien, si sometemos su valor descriptivo y clasificatorio a evidencias contra-fácticas como las planteadas a continuación, el concepto parece relativizarse sobre sus mismas bases.

Desde una DIMENSIÓN ESPACIAL

Sobre el flanco oriental del Nevado de Laguna Blanca se presentan siete agrupamientos aldeanos prehispánicos (Delfino 1996-1997, 1999, 2005; Delfino *et al.* 2007a, 2007b; Espiro y Díaz 2005). Paralelamente hemos relevado bases residenciales aisladas que no participan de la modalidad referida como agrupamientos aldeanos y que se distancian de estos, desde unos pocos kilómetros a más de 60 km. Entre estas podemos mencionar a los siguientes sitios arqueológicos: LB 08, Hunquillito 1 y 2, Peñas Blancas 1, 2, 3 y 4, Aguas Calientes 1 y 2,

Pabellón, Río Río, Ciénaga Redonda y L'Agudita 1 y 2, Playa del Diablito (Delfino 1999), Andrea Quebrada 1 y 2, Ojo Bravo (LB 138 a 145) (Figura 1).

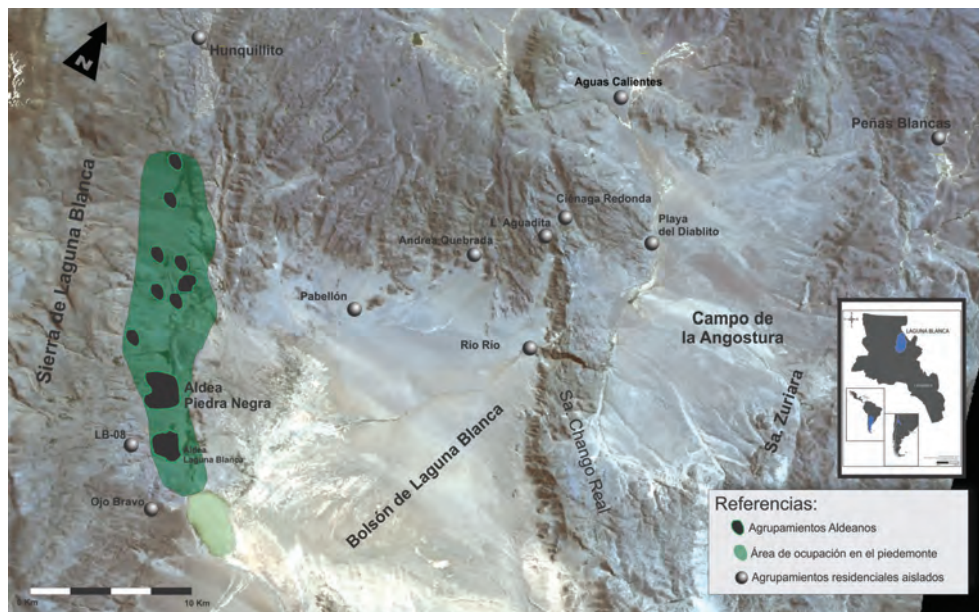


Figura 1. Ubicación de los agrupamientos aldeanos y las bases residenciales distantes en el Bolsón de Laguna Blanca.

De los siete agrupamientos aldeanos hemos estudiado con cierta profundidad dos de estos asentamientos arqueológicos, la Aldea Piedra Negra y la Aldea Laguna Blanca. El conjunto aldeano –Piedra Negra (Figura 2)– posee una extensión aproximada de 450 ha ocupadas por estructuras residenciales que están distribuidas entre un paisaje agrario que pone de manifiesto arquitecturas productivas cuyas diferencias tecnológicas nos hacen presumir actividades diversificadas (Delfino 2005; Delfino *et al.* 2007b; Díaz 2009)⁶.

⁶ A partir del estudio del paisaje agrario de la Aldea PIN (Díaz 2009, 2013a), hemos considerado la posibilidad de que la mayoría de las redes de riego fueran construidas y gestionadas de manera contemporánea a las ocupaciones del primer y segundo milenio. Para momentos de ocupación incaica, y de manera contraria a lo registrado en otras regiones (Williams 2010), el paisaje agrario no evidencia modificaciones sustanciales o una expansión clara de las superficies de cultivo (Díaz 2013b).

Para la asignación temporal tentativa de las redes de riego se ensayaron dos criterios. El primer criterio se basó en la vinculación y correspondencia espacial de las redes de riego con bases residenciales cuyos contextos pudieron ser fechados mediante radiocarbono; a la vez, se consideró el principio elemental de la cronología relativa, para lo cual se compararon las categorías cerámicas halladas tanto en las redes como en las bases residenciales (Espiro 2013). Al mismo tiempo, y ante la ausencia de cerámicas diagnósticas en varias redes de riego, debimos concebir otro criterio cronológico. Desde un principio, determinamos que en estas redes no se registraban superposiciones de estructuras, es decir que los límites de cada red por lo general constituían otra inmediatamente por abajo. Este hecho nos llevó a considerar que, si dos redes contiguas no se superponían, podríamos suponer que se debía a que el límite fijado por la acequia principal de la red de

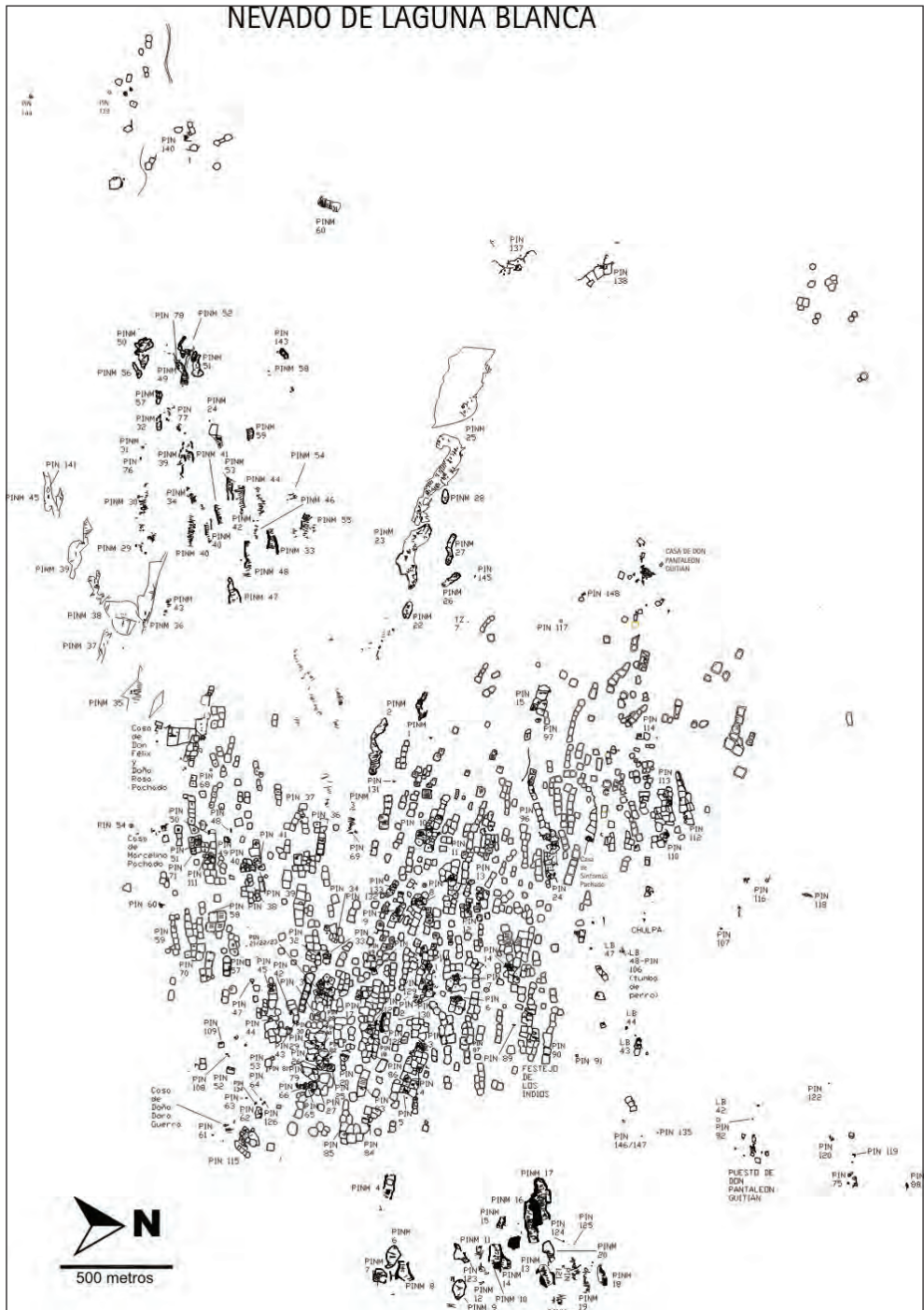


Figura 2. Plano de la Aldea Piedra Negra.

El asentamiento está constituido por 63 bases residenciales –BR– (con un diseño arquitectónico conformado a partir de la reunión de tres o más recintos subcirculares pequeños adosados a uno o más recintos mayores ó “patios”), y 40 puestos –P– (resueltos por el agrupamiento de menos de tres recintos asociados a estructuras agrícolas, o también, aislados entre los espacios de cultivo). Por su parte, la Aldea Arqueológica Laguna Blanca se extiende en un espacio de 250 Ha, entre las cuales relevamos 28 bases residenciales y 38 puestos⁷.

La mención de las BR y los P resulta operativa para considerar la materialidad de la organización espacial del sistema de asentamiento involucrado. Ambos tipos de construcciones poseen diferencias visibles en sus diseños arquitectónicos, las cuales quedan acentuadas junto a la concurrencia de características conexas. Las BR fueron resueltas arquitectónicamente comprometiendo mayor fuerza de trabajo en relación a los P, no sólo en relación con sus mayores dimensiones sino también por los cuidados y depuración estructural⁸. Las mismas presentan una complejidad multifuncional de los espacios, sumado a un mayor grado de intercomunicación entre recintos; se constata también una profusión de implementos de molienda, frente a la escasez o total ausencia en los P. Asimismo, la diversidad y abundancia de restos cerámicos, materiales líticos, óseos (restos de consumo y artefactos), objetos metálicos, entre otros, contrasta con las exiguas evidencias de cultura material mueble presente en los P (Delfino 2001).

Ahora bien, como hemos señalado en la región se han relevado bases residenciales aisladas (BRA) distribuidas a diferentes distancias de los agrupamientos aldeanos (Delfino *et al.* 2007d, 2009). Las BRA presentan características arquitectónicas que denotarían configuraciones productivas (agrícolas y/o ganaderas) muy semejantes a las descritas para las BR de los agrupamientos, todo lo cual hace que resulten prácticamente indistinguibles de los espacios residenciales de las aldeas. Estas coincidencias en el diseño arquitectónico productivo-residencial pueden extenderse también a aspectos tecno-estilísticos de la cultura material. El distanciamiento espacial observado entre los agrupamientos aldeanos y las BRA podría estar

riego inferior se encontraba activo, es decir, la red de abajo podría haber estado en uso. De otra forma, el conjunto tecnológico superior simplemente se habría extendido sobre las ruinas de la inferior, lo cual sería arqueológicamente evidente en una serie de superposiciones.

⁷ Recientemente, hemos realizado un análisis comparativo entre ambos agrupamientos aldeanos a partir del cual observamos, por un lado, diferencias en la densidad de estructuras y en la sectorización de los espacios productivos agrícolas, y por otro, una posible gestión complementaria entre ambos asentamientos (Delfino *et al.* 2010 y 2012). No obstante, la idea de agrupamientos aldeanos como la sumatoria de varias bases residenciales, no debe suponer la sincronía del total de BR y P por aldeas, aunque sí en cambio podríamos suponer una sincronidad parcial.

⁸ Las diferencias en la inversión de fuerza de trabajo entre BR y P, han sido registradas en investigaciones etnoarqueológicas en el Distrito Laguna Blanca (Delfino 1994, 2001). Esta información luego fue confrontada con los datos arqueológicos (Delfino 2005, Delfino *et al.* 2007b, 2007d, 2009 y 2010). Sintéticamente podemos mencionar que las BR se resolvieron arquitectónicamente a partir de fundaciones y paramentos compuestos (muros dobles y triples) que involucraron elementos estructurales de grandes dimensiones, así también las estructuras de elevación demandaron una selección cuidada de los elementos mampuestos. Contrariamente los P, fueron resueltos a través de estructuras de elevación simples con una selección poco cuidada de los mampuestos y con fundaciones poco profundas y/o inexistentes. Por el carácter expeditivo de la resolución de estos últimos, concluimos una menor inversión de fuerza de trabajo en su construcción en comparación con las BR.

expresando que los grupos, que tradicionalmente fueron referidos como “formativos”, se articulaban a una organización social más compleja, conjugando los agrupamientos aldeanos con una red de bases residenciales separadas y distantes. Quizás la situación planteada llegaría a invalidar la gravitación definitoria del “rasgo” aldeano para cumplir la extensión conceptual de lo “formativo”. Estas sociedades poseyeron una estructura de ocupación territorial intrincada, en donde sólo uno de sus componentes quedaría definido a partir de la contigüidad residencial relativa (*las aldeas*). En consecuencia el resto de sus integrantes participarían de una estrategia productiva apoyada precisamente en el distanciamiento espacial, prescindiendo de la estrechez locacional para resolver su integración comunitaria en la reactualización de los lazos sociales de vecindad. Estrategia que pudo resolverse sin recurrir a que en estos asentamientos aislados se desarrollaran funcionalidades específicas y diferentes de las primeras, como se ha planteado para otras regiones de la Puna (Olivera 1991a).

Desde una DIMENSIÓN TEMPORAL

El faldeo oriental del Nevado de Laguna Blanca, estuvo sujeto a procesos territorialización dando forma a una serie de áreas discretas donde se aprecian modificaciones arquitectónicas para resolver la articulación del sistema de asentamiento en enclaves productivos agropecuarios. La Aldea Piedra Negra es el mayor de estos agrupamientos y su historia arquitectónica nos permite visualizar una sucesión de cambios a través del tiempo. La percepción de los cambios acaecidos devienen de considerar un conjunto de distintas variables, entre ellas: diseños arquitectónicos diferentes hallados en superposición estratigráfica (Delfino 1999, 2005); la relación entre las estructuras y las características tecno-estilísticas de los materiales cerámicos (Delfino *et al.* 2007a, 2007b; Espiro 2008, 2013); la gestión doméstica/supradoméstica de los espacios agro-hidráulicos (Díaz 2009, 2013a) y los contextos arqueológicos excavados que han sido datados por radiocarbono (Figura 3 - Delfino 1999, Delfino *et al.* 2007b); situaciones confrontadas al someter a prueba un modelo hipotético generado mediante la comprensión de estudios etno-arqueológicos regionales (Delfino 1994, 2001).

Al comienzo del primer milenio D.C., se da inicio a un proceso de configuración aldeano expresado en cierto aglutinamiento de un conjunto de bases residenciales y otros tantos puestos (tal como nos hemos exployado más arriba). En este tiempo todo el sistema de asentamiento muestra una decidida estructuración de recintos circulares o sub-circulares bajo la modalidad de espacios hundidos, los que fueron referidos como casas pozo/semi-pozo (González 1955). Poco antes de mediados del segundo milenio D.C., coincidente con la irrupción incaica sobre la región, se visualizan cambios en algunos aspectos de la arquitectura de los asentamientos, los que fueron resueltos recurriendo a una modalidad de recintos rectangulares o cuadrangulares, con muros dobles para los que se emplearon rocas trabadas con caras elegidas. A diferencia de lo acontecido precedentemente, en estos el piso de ocupación de los recintos conservó el mismo nivel de los espacios externos. Otra de las diferencias apreciables quedó reflejada en que, al menos uno de los paramentos de los recintos menores, formaron parte de un muro perimetral para rodear al asentamiento. En esta crónica de los cambios arquitectónicos de la Aldea, no hemos podido reconocer cambios sustanciales que muestren co-variaciones alineadas a las manifestaciones correspondientes a tiempos coloniales (Delfino *et al.* 2007a). Aunque en el presente se aprecia una predominancia de

diseños rectilíneos, en unos pocos casos hemos registrado la persistencia del uso de recintos con diseños de planta circular, los cuales son utilizados como cocinas (Delfino 2001).

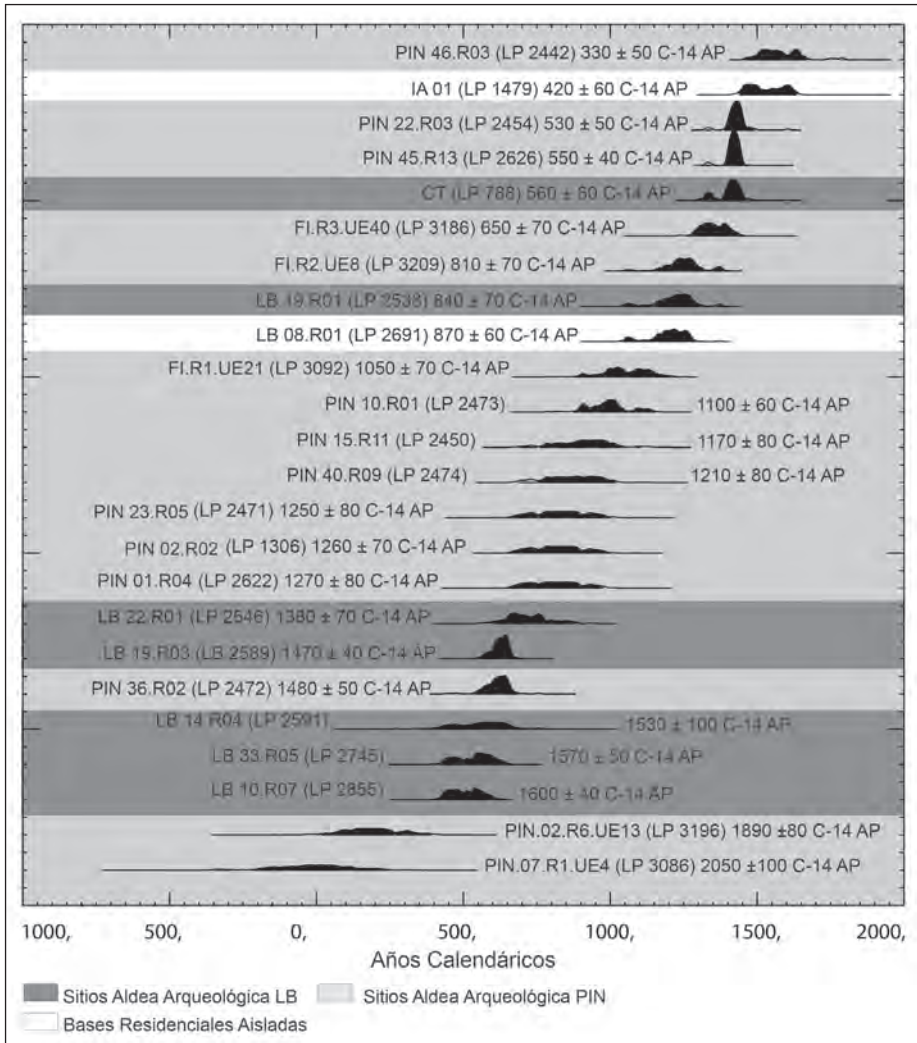


Figura 3. Calibración en años A.D. de los fechados radiocarbónicos, con un sigma, realizados sobre muestras de carbón vegetal recogidos en estructuras de combustión en estratigrafía dentro de recintos habitacionales, se empleó el programa CALIB 6.0.1, en conjunción con Stuiver and Reimer (1993).

A pesar de que podemos identificar los “clásicos” indicadores de cambio socio-histórico (como las transformaciones arquitectónicas en los espacios residenciales y las variaciones en los materiales arqueológicos “diagnósticos” –iconografía alfarera, proporción y morfología del instrumental lítico, etc.–), no observamos una correlación directa con variaciones en las estrategias productivas, es decir, se aprecia una estabilidad estructural entre sistemas de asentamiento y modelación agraria del territorio. Incluso absteniéndonos de la información

etnohistórica e histórica referida a las implicancias políticas y sociales acontecidas con la llegada de los incas, con la administración colonial (Delfino *et al.* 2007a) y los estados nacionales, las interpretaciones devolverían relaciones espaciales doméstico-productivas semejantes desde comienzos del primer milenio D.C. hasta tiempos recientes⁹. Todo lo cual pone en evidencia que la irrupción de los procesos estatales (incluso los imperiales), y el dramatismo que ha sido señalado para otras geografías, no parecen haber tenido en nuestro caso de estudio un correlato sobre la transfiguración de las arquitecturas productivas y las consecuentes modelaciones del territorio. Sin embargo, con ello no pretendemos negar las modificaciones o cambios en las relaciones productivas entre la población local y las avanzadas estatales sobre el NOA, sólo señalamos que el paisaje productivo local pudo mantener una estructura estable a escala doméstica/supra-doméstica (Delfino y Pisani 2010).

Recapitulando, desde hace unos 2000 años la estructuración de la dinámica constructiva en la Aldea Arqueológica Piedra Negra reflejaría una estabilidad de las relaciones entre áreas domésticas y agrícolas (semejante en la Aldea Arqueológica LB). Independientemente de ciertas variaciones y diferencias tecno-estilísticas en las alfarerías y otros conjuntos materiales, se aprecia una persistencia que parece seguir reproduciéndose en relaciones espaciales inter-domésticas semejantes, junto a homologables lógicas de modelación agraria y de regadío.

Los contra-ejemplos podrían multiplicarse si sumamos casuísticas de otras regiones, baste remitirnos a los tratados por Lleras Pérez (2002), Horta (2004), Staller (2006), Lumbreras (2006) y Franco *et al.* (2009). Los casos citados, junto al de Laguna Blanca nos invitan a ensayar planteos más flexibles.

DELETEANDO EL FORMATIVO

Una vez repasada la genealogía del concepto, sus replanteos y las reflexiones y/o desacuerdos suscitados, podríamos preguntarnos por qué continuar empleándolo. Las respuestas podrían ser tantas, como diferentes sus interpretaciones.

⁹ Debemos destacar que los estudios sobre el diseño de las redes de irrigación (Díaz 2009, 2013a, 2013b) en los dos conjuntos arqueológicos aldeanos (Piedra Negra y Laguna Blanca), nos orientan a considerar que sus características técnicas y gestión pudo mantenerse casi sin modificaciones, a pesar de la yuxtaposición de unidades sociopolíticas de gran escala como imperios (el incario y el español) y estados nacionales. En el caso del sector sur de la Aldea Piedra Negra, los estudios permitieron plantear la gestión del riego y la modelación del paisaje agrario bajo una organización sociopolítica no centralizada. Por otro lado, en la Aldea Arqueológica Laguna Blanca, hemos podido reconstruir un paisaje agrícola donde persiste una lógica de organización descentralizada de las redes de riego, cuya integridad no desaparece con la avanzada incaica que intentó imponer un mayor control en la gestión de las redes. En otras palabras, “los paisajes agrarios de la Aldea Laguna Blanca, pudieron ser el escenario de una disputa entre al menos dos lógicas, dos visiones de organización social que se plasmaron en un mismo espacio. Por un lado, un patrón de disposición espacial de redes de riego que pudieron conformar un complejo técnico funcionalmente dividido, una ‘red de regantes’ con una organización sin una autoridad definida que controlara tecnológicamente el acceso al recurso. Por otro lado, el advenimiento del ‘nuevo orden’, que a la vez que expandía los espacios de cultivo empleando formas controladas de acceso al recurso, se articulaba con una lógica local de carácter desarticulado” (Díaz 2013b).

Quizás como sostienen varios investigadores (Núñez Regueiro 1974:176, 1975:13; Olivera 1988:85; Tarragó 1996:104-105), la continuidad conceptual parece responder a una capacidad para explicar una parte de los procesos de cambios en el pasado de los pueblos del NOA. Sin embargo, muchas veces su empleo se convierte en un procedimiento circular, y la simple descripción de las características de los casos estudiados (agrupamiento aldeano, agricultura-pastoreo, determinados estilos de la cultura material) se constituye en un repertorio de elementos simultáneamente definitorios e indicativos. Limitaciones de un procedimiento que, mediante el reconocimiento de ciertas expresiones materiales para lograr pertenencia dentro de la clasificación, no resulta suficiente para explicar los cambios ocurridos en estas sociedades.

Otro argumento reflejado en los diferentes esquemas de periodificación del NOA (González 1979, González y Pérez 1966, Núñez Regueiro 1974, Raffino 1991[1988]), podría hallar sustento en su valor como herramienta cronológico-clasificatoria. En estos términos, el Formativo representaría un bloque temporal sobre el que se asigna entidad material propia y sustancialmente distinta a la de otros períodos. Ahora bien, si acordamos concebir la historia como un proceso de larga duración (con cambios y continuidades, en donde los sucesos acontecidos en distintos momentos encuentran representación sobre una misma espacialidad), coincidiremos con que resultará engañoso apoyarse en planteos que defiendan recortes arbitrarios con pretensiones de hacer corresponder cronologías rígidas con procesos culturales de larga duración. Esta compartimentación estaría reñida con la noción del *continuum* histórico donde los procesos sociales se suceden con impactos diferenciales en escalas sociales diferentes (domésticas, supradomésticas/comunitarias, estatales); asimismo, la casuística ya ha evidenciado que diversos procesos culturales (sedentarismo, la caza, tecnologías, etc.) anteceden, persisten y se descontinúan en el devenir histórico, sin ceñirse a una teleología evolutiva. Sabemos que todo recorte representa un artificio metodológico que responde a diversos fines.

Si bien, hace algunos años se ha planteado la necesidad de deslindar la temporalidad del concepto formativo, los intentos siguieron incurriendo en una noción de etapa cultural de desarrollo, o asociable a un estadio dentro de una secuencia evolutiva (Olivera 1988, Raffino 1991[1988], Tarragó 1996). Dichas asociaciones proyectadas sobre aquellas sociedades que mantuvieron a lo largo de los años (incluso hasta el presente) condiciones de vida coincidentes con las entendidas como Formativas, podrían sugerir de algún modo una escasa receptividad para los cambios, o como dice Korstanje (2005:91), “quitándole historicidad a los procesos”.

La entidad de un concepto sólo es validada frente a marcos teóricos particulares que guardan independencia de la realidad y que, a su vez, lo justifican como recurso metodológico. De esta manera, los conceptos nos resultan operativos para interpretar y describir teóricamente los hechos. De-construyendo la historia del concepto “Formativo” y su empleo en la práctica, creemos que su principal limitación fue aunar genéticamente las características de un modo de vida con un compartimiento temporal rígido en una secuencia cultural o evolutiva. Las consecuencias negativas no tardaron en aparecer. Desde ese esencialismo se procedió dogmáticamente a clasificar sociedades, y en muchos casos, a homologarlas a procesos particulares. Como reflejo del pensamiento tipológico (Delfino 2005:265-267, Nielsen 1996), lo que había comenzado como la categoría descriptiva de un proceso, fue transformándose en una entidad fija e inamovible construida de forma

normativa a partir de la reunión de elementos co-variantes que identificaban los momentos de una periodificación¹⁰.

Lo ambiguo de su tratamiento y definición dio por resultado un consenso *inter pares*, acordando una base común sobre algunos puntos de coincidencia que evitaron el tratamiento teórico crítico del mismo. En este marco, dicha situación sería fomentada por la necesidad de sociabilizar las producciones científicas, apelando para ello a esta ambigüedad por resultar constitutiva de la comunicación dialógica (Delfino 1995). En discusiones científicas donde las disquisiciones conceptuales no representan la centralidad de los debates, el empleo instrumental del término “Formativo” no parece acarrear mayores problemas de entendimiento. Quizás como en la historia del “nudo gordiano”, la solución directa sea “cortar” el problema. Ante la extraordinaria variabilidad de la casuística, frente a solapamientos que muestran un mosaico de situaciones y recortes arbitrarios que conjugan hechos y datos junto a nominaciones clasificatorias, habrá que volver a pensar ¿para qué y para quién construimos las clasificaciones? Si nuestros colegas son los únicos consumidores de interpretaciones, estos espacios de discusión serán suficientes. Pero como puede apreciarse de manera creciente, la construcción del pasado estará cada vez menos en manos exclusivas de arqueólogos/as y los significados deberán ser negociados con distintos actores, productores y consumidores de pasados (*v. gr.* miembros de pueblos originarios, de comunidades locales campesinas, urbanas, el gran público, etc.). Si las clasificaciones son artefactos conformados desde marcos teóricos particulares, siendo resultado de una conectividad particular sujeta a intereses específicos, podremos acordar con que las motivaciones implicadas detrás de esas decisiones pueden haber quedado obsoletas y entonces aceptar que la manera elegida para referir historias también pudieron envejecer. Algunos intentos modernizadores han pretendido superar la obsolescencia de las categorías (Formativo, Período Temprano/Medio/Tardío, Período de Integración Regional, etc.) recostando las interpretaciones en una estrategia que apela a la temporalización usando el calendario occidental cristiano (Primer Milenio D.C., Segundo Milenio D.C., etc.). Su empleo parece proporcionar un espacio de neutralidad, apelando a ellas por suponer que se encuentran despojadas de connotaciones. El problema, de nuevo, es que este procedimiento no supera necesariamente la limitación tipológica cuando se hace corresponder de forma excluyente los procesos sociales con uno u otro paquete temporal. Esto no superaría la reificación de las categorías.

Ante lo expuesto, en trabajos anteriores propusimos que quizás nos encontráramos en el momento de *formatear* el “Formativo” (Delfino *et al.* 2007d, 2009); sin embargo, es

¹⁰ Este pensamiento se encuentra tan íntimamente arraigado en la praxis arqueológica que muchas veces, aún inadvertidamente, llega a afectar la comprensión de los procesos sociales cayendo en enunciados funcionales a la legitimación de los recortes crono-culturales que pretenden negar. Entre los últimos intentos de trascender ciertas características de la definición compilativa de “formativo”, Korstanje y Quesada (2011) han señalado que la “estructura espacial” (“casas dispersas entre los campos de cultivo”) con la que se lo identificó, permaneció vigente durante el segundo milenio sin ser reemplazada por otros ordenamientos productivos. A pesar de que esta enunciación pone en cuestión la correspondencia de una configuración arquitectónica particular (residencial/productiva) con un tiempo dado, su proposición parecería asumir que la aglomeración de las viviendas segregadas de los campos agrícolas correspondería a un patrón identificable con “(...) la expansión de los señoríos tardíos a partir del siglo X” (*op. cit.*:148). Esta proposición parecería no tener en cuenta la casuística presentada en otras regiones para el primer milenio (Láguens 2006, Oliszewski *et al.* 2010, Pérez Gollan 1992, entre otros).

claro que este proceso puede resultar en un acto de devolución a un “estado original” de la estructura conceptual, por lo cual es posible que ahora podamos pensar, simplemente, en *deletearlo*. Ante esta situación, ensayaremos una alternativa situada en Laguna Blanca.

UN MODO DE VIDA COMUNITARIO AGROCÉNTRICO

Como señaláramos, en los usos generales del concepto Formativo observamos un conjunto de limitaciones que nos llevaron a plantear la inviabilidad del valor explicativo y su aplicación en las situaciones socio-históricas de nuestra región de estudio. En razón de ello, vimos la necesidad de ensayar una noción que armonice con una realidad particular donde se aprecia una relativa estabilidad longitudinal a través de cerca de 2.000 años en: el uso del ambiente; las relaciones estructurales en estrategias productivas expresadas en los sistemas de asentamiento y la modelación agraria del territorio, y; las configuraciones sociales expresadas en un espacio arquitectónico particular. En otras palabras, pensamos una alternativa situada que denominamos Modo de Vida Comunitario Agrocentrico (Delfino *et al.* 2007d, 2009)¹¹. La condición situada que hemos elegido en esta noción nos exime de pretensiones de universalidad. Esta noción reúne conceptos con los que se busca abordar los distintos aspectos que componen o que caracterizan al devenir histórico de la sociedad y las prácticas de los sujetos responsables de las materialidades visualizadas en las modelaciones del territorio de Laguna Blanca. A continuación desarrollaremos la extensión de cada uno de los conceptos de dicha noción.

Modo de vida

Al abordar la materialidad de los paisajes productivos del pasado situado, consideramos que la noción a utilizar debía remitirnos tanto a las características técnicas de la producción como a las prácticas y relaciones entre los sujetos involucrados en la misma. Encontramos en el concepto de **Modo de Vida** propuesto por Iraida Vargas Arenas algunos elementos significativos. Según la autora el modo de vida permite conocer las prácticas de un modo de producción en tanto que representa una respuesta social de un grupo humano a las condiciones objetivas de un ambiente determinado. Un aspecto destacado es que nos permite acceder a las particularidades de una formación económico-social (FES), tomando en cuenta tanto las condiciones técnicas como las sociales de la producción (Vargas Arenas 1985:8)¹².

¹¹ La definición de la perduración de este modo de vida, en absoluto alude a la ausencia de conflictos; por el contrario, hemos registrado evidencias que predicen sobre episodios de violencia simbólica y material, como los relativos a la construcción de la plataforma IA-02 interpretada como un santuario (Delfino y Pisani 2010), implantado en el Nevado de Laguna Blanca durante el Incario que re-significó un probable cerro tutelar de las comunidades locales.

¹² Es dable destacar que el concepto de modo de vida, en su articulación con las expresiones fenoménicas de la cultura material de una sociedad determinada, puede apoyarse en las categorías mediadoras propuestas por Acosta Ochoa (1999) de **Modo de Trabajo** y **Procesos de Trabajo**, las cuales poseen un gran potencial metodológico permitiendo reconocer la existencia de regularidades y ciclos en las actividades de una sociedad, a través de lo cotidiano, donde las actividades productivas, reproductivas e ideológicas se repiten rutinariamente (*op. cit.*).

Así también, el modo de vida permite aproximarnos a las prácticas de las personas como respuesta social ante condiciones objetivas de producción (sociedad-ambiente) y, a través de ellas, remitirnos –según sus características particulares– a un modo de producción. Nuestra intención no será profundizar aquí la correspondencia del Modo de Vida Comunitario Agrocéntrico con un determinado modo de producción. Esta propuesta de un Modo de Vida en muchos sentidos podría ser subsumida dentro del Modo de Producción Germánico de Marx (1989[1857-1858]) o del Modo de Producción Campesino de Chayanov (1985[1925]) o del Modo de Producción Tribal o Productor de Vargas Arenas (1985) y Angulo Valdez (1992). Sin embargo, los objetivos de este libro y la extensión de este trabajo, nos limita en lo que debería ser un tratamiento pormenorizado de las implicancias de cada encuadre teórico y la medida en que nuestra propuesta se podría articular o no a cada uno.

En este aspecto debemos señalar que nuestra proposición de un modo de vida toma distancia de cualquier simplificación interpretativa que suponga un ordenamiento bajo parámetros evolutivos unilineales de los modos de producción. Por el contrario, la irrupción de otras FES y el cambio que ello pudo conllevar no representa una declinación de prácticas económicas particulares las cuales pudieron coexistir en una superposición de relaciones sociales atribuibles a distintos modos de producción. Como ya señalara Marx para la particularidad de la economía campesina, una sociedad puede hallarse inserta en un modo de producción dominante, pero aún contener relaciones de producción no subordinadas a él (Bartra 1976). En este sentido, la persistencia histórica de un modo de vida podría suponer que los cambios acaecidos en las relaciones de producción dominantes no influyeron sustancialmente en el desarrollo de las fuerzas productivas ni generaron nuevas condiciones de producción, preservándose posiblemente entre los intersticios del nuevo orden.

Al continuar evaluando el concepto de formativo, vimos que otra de sus limitaciones era la dificultad de identificar a los sujetos socio-históricos, en otras palabras, los “sujetos formativos” eran eclipsados por la búsqueda de la “sociedad formativa”. En nuestro caso, al concentrarnos en la revisión de dicho concepto, también omitimos referirnos y reflexionar sobre los sujetos históricos que habrían encarnado en sus prácticas el citado modo de vida (Delfino *et al.* 2007d, 2009). En los últimos años, varios/as arqueólogos/as (Franco *et al.* 2009; Haber 1999, 2004; Korstanje 2005, 2007, 2011; Quesada 2001, 2006, 2011; Tarrago 2007, entre otros autores) han recurrido al empleo de la categoría “campesino” para remitirse a los sujetos sociales desde el primer milenio D.C. en adelante. A nuestro criterio este concepto contiene herramientas útiles para contemplar un modo de vida particular, sin embargo su adopción no debe limitarse a un simple acto de asumir y naturalizar, ya conocemos los excesos del pensamiento tipológico entre los/as arqueólogos/as y su impulso esencialista en el tratamiento de los conceptos. El énfasis particular en “lo campesino” se debe a que su utilización nos aproxima a una racionalidad productiva característica, una forma distintiva en que los sujetos articulan sus vidas a partir de relaciones económico-políticas propias y en relación antagónica a otras clases. En otras palabras, lo campesino nos aproxima –ante todo– a sujetos productores¹³, los cuales sólo parecen definirse desde lo económico. Este hecho no resulta casual, ya que los estudios sobre el campesinado surgen desde el análisis

¹³ Al referirnos a un sujeto productor, lo realizamos en el sentido marxiano del término (Marx 1975[1867]: Sección VII), donde los sujetos pueden realizar actividades productivas (ej. agricultura, ganadería, etc.) como actividades extractivas (ej. minería, forestal, pesca, etc.).

de su vinculación al capitalismo como a otras FES. En consecuencia, no podemos dejar de destacar el aspecto contextual de esta concepción, la cual representa en muchos sentidos una escisión de los sujetos sociales propia del capitalismo, donde los agentes son identificados a partir de su actividad económica (proletario, campesino, burgués, etc.). La pregunta ahora es, ¿esta situación invalida su potencialidad de análisis? Sin rodeos nos inclinamos por la negativa, no obstante debemos ser conscientes de que recortar al sujeto histórico a partir de su definición económica puede generar una visión limitada del pasado la cual siempre nos remitirá a un aspecto parcial de la sociedad, su producción económica. Esta situación puede ser mayormente confusa si incluso al utilizar la categoría de campesino la constituimos como la base de la identidad de los sujetos sociales del pasado. Probablemente, la definición de los sujetos históricos haya sido tan versátil como sus respuestas a los cambios sociales, así una definición surgida de la auto-adscripción identitaria bien podría haber provenido de la experiencia del ESTAR en un sentido kuschiano, una experiencia histórica, una vivencia contextualizada y situacional (Delfino *et al.* 2007c). Esa identidad queda vinculada a lo que el sujeto social reconoce por diversos mecanismos como su lugar de origen, de pertenencia, etc. Es posible que una alusión referencial a una estrategia económica como recorte de lo social pueda no ser suficiente para cubrir todos los aspectos de la identidad social de un grupo, en cambio sí puede resultar útil para comprender aspectos vinculados a su modo de vida.

Entre el conjunto de prácticas¹⁴ asignadas como consuetudinarias del campesinado (Chayanov 1985 [1925]; Cowan Ros y Schneider 2008; Ramírez de Haro Valdéz 1997; Urrutia 1992; Wolf 1982; Zoomers 2002, entre otros autores), se seleccionaron algunas que por sus características pueden construir un andamiaje conceptual para aproximarnos al entendimiento del modo de vida de las sociedades pasadas de Laguna Blanca. Un atributo común de las prácticas seleccionadas es que han podido tener lugar en contextos pre-capitalistas (sin ser exclusivas de estos), lo cual nos alienta a proyectarlos hipotéticamente en situaciones como las estudiadas.

Para diversos autores de tradición materialista (Lumbreras 1974; Marx 1989[1857-1858]; Vincent García 1991; Wolf 1982, entre otros), uno de los rasgos distintivos y comunes de las prácticas campesinas es su vinculación con la tierra y el proceso de trabajo agrícola, relación que sería constitutiva de esa forma de apropiación de los medios de producción (fuerza de trabajo/instrumentos de trabajo/objetos de trabajo)¹⁵. En otras palabras, el propio trabajo representa en estas sociedades una manera de instauración de un sentido de apropiación. La visualización arqueológica de los procesos de trabajo campesino ha sido abordado por algunos autores en otras regiones (Franco y Berberían 2008; Korstanje 2005, 2007, 2011; Quesada 2001, 2006, 2011), en tanto que para Laguna Blanca se han estudiado los espacios agrícolas de las aldeas arqueológicas PIN y LB a través de un análisis de los diseños de las redes de riego (Díaz 2009, 2013a), empezando a aproximarnos a algunas lógicas de apropiación de los paisajes agrarios.

¹⁴ En este contexto, el concepto de práctica resultaría coincidente con el de estrategias de reproducción social propuesto por Bourdieu (Cowan Ros y Schneider 2008), donde las estrategias son concebidas como líneas de acción construidas por los agentes sociales continuamente a través de la práctica y que se definen entre el encuentro del *habitus* y una coyuntura particular del campo.

¹⁵ Esta vinculación se proyecta a actividades no estrictamente agrícolas, como las actividades pastoriles (en la “extensión y cultivo de vegas” o la construcción de puestos), o como en la actividad minera campesina (Deustua 1995), etc.

Ahora bien, el trabajo productivo¹⁶ no parece agotar las vías por las cuales los sujetos pudieron apropiarse de los medios de producción. Al estar en la región centro-sur andina, no puede soslayarse el papel de la ritualidad y su potencial constitutivo que impregna cualquier tiempo y espacio (Delfino 1995, 2001). Así también reconocemos la importancia de otro camino de apropiación, el cual deviene del reconocimiento mítico de los actos narrativos y fundacionales del nombrar (Arnold y Yapita 1998a, 1998b; Martínez 1989). En sociedades pre-capitalistas, la economía no es una esfera autónoma de los aspectos cosmovisionales sino que interactúa de forma dialéctica con los mitos, los relatos y el ritualismo, entre otros aspectos súper-estructurales; esta consideración nos estimula a contemplar que la materialidad a la que nos enfrentamos no tuvo un origen determinista.

A continuación detallaremos algunas prácticas del campesinado en una síntesis que articula propuestas de diversos autores, a las que hemos sumado nuestras experiencias de trabajos etno-arqueológicos y sociales con los pobladores de Laguna Blanca. Debemos advertir que esta es una lista abierta y no exhaustiva. Constituyen a la fecha nuestro “cajón de zapatero”, a partir del cual intentamos tomar herramientas para comprender el pasado de Laguna Blanca.

Cosmovisión, ritualidad y economía

Al encontrarnos en la región Andina, no podemos obviar referirnos a la fuerte dialéctica generativa que articula las “prácticas económicas” y todos los otros espacios regulados por la visión de mundo. Todas las actividades económicas y/o políticas se hallan cruzadas por la ritualidad, la clásica oposición Hombre/Naturaleza de la sociedad capitalista occidental se diluye y entremezcla en un mundo vivo, donde los seres (cerros, aguas, animales, mujeres, hombres, etc.) conviven en una relación de mutua crianza. Harris (2010) ha puntualizado que las sociedades andinas no mantenían una separación entre el ritualismo y el trabajo; así éste último, se considera no como un peso o castigo –a la manera judeo cristiana¹⁷– sino como una bendición, y los trabajos comunales serían una “fiesta y regocijo” que unen a las personas y las divinidades (*op. cit.*).

En consecuencia, la vida en los Andes se halla impregnada de ritualismo y desconocer su influencia en las actividades económicas, es soslayar un aspecto fundamental y constitutivo de las mismas. Retomaremos nuevamente esta temática al tratar sobre la cosmovisión agrocéntrica en un acápite específico.

¹⁶ Se especifica en el trabajo productivo como una categoría de trabajo específico ya que el concepto de trabajo presentado por Karl Marx (1975[1867]) es amplio, no productivista, y no centralista; es decir que, admite que éste tiene potenciales de autonomía y autorrealización, no lo reduce a la pura actividad instrumental-productivista y, aboga por la disolución del vínculo entre trabajo y supervivencia.

¹⁷ Cabe puntualizar que la palabra “trabajo” viene del latín *tripalium* –que significa ‘tres palos’–, el cual era un instrumento de tortura formado por tres estacas a las que se amarraba a un condenado. Con su evolución metonímica, adquirió el sentido de ‘penalidad, molestia, tormento o suceso infeliz’. Es decir, este nombre pasó de designar un instrumento de tortura a referirse a uno de los efectos de la tortura: el sufrimiento (Bustos 2008).

Organización, producción, incertidumbre y prácticas

Ante situaciones de incertidumbre los sujetos de las sociedades pre-capitalistas suelen establecer una red de seguridad para responder a la adversidad (Kervyn 1996), a través de actividades complementarias que diversifiquen su sustento, al tiempo que reducen el “riesgo” implicado en escenarios dinámicos (Zoomers 2002). Este conjunto de prácticas podría desplegarse en una multiplicidad de formas que involucran aspectos cosmovisionales, sociales, económicos y políticos. Planteamos –siguiendo a Zoomers (2002:47)– la interdependencia de las actividades económicas de las unidades domésticas¹⁸, considerando distintos tipos de relaciones:

- unas que propician o facilitan a otras actividades (por ejemplo, el pastoralismo y la textilera, la producción alfarera y la preparación de alimentos, el pastoralismo y el caravaneo, etc.);
- otras actividades que no pueden desenvolverse simultáneamente, por entrar en relaciones de competencia (por ejemplo, la migración temporal y la cría doméstica de animales; la migración estacional y el cultivo), y por último;
- otras que comprenden a las relaciones complementarias/compensatorias ante incertidumbre y/o riesgos.

Como se planteará en los acápites siguientes estas relaciones pueden sortearse a través de otras prácticas (manejo de diversidad ambiental, multi-ciclos productivos, redes sociales, etc.).

La dinámica de las prácticas que presentaremos a continuación, se articula de manera variable en la diversidad del territorio como en el devenir del tiempo. Así, la puesta en juego de éstas prácticas no opera de manera rígida sino que se da a través de una articulación que implica relaciones de complementariedad y jerarquización de estrategias móviles, las cuales responden a decisiones y/o negociaciones conceptuales y estratégicas de los sujetos/unidades domésticas/comunidad.

Prácticas ante la diversidad y heterogeneidad ambiental

La región andina se caracteriza por un ambiente heterogéneo determinado principalmente por un fuerte gradiente altitudinal. Ante esta realidad, desde las unidades domésticas se suele diversificar las actividades productivas a través del uso de las diferencias geomorfológicas del territorio para reducir incertidumbre ante situaciones de riesgo (fenómenos meteorológicos límites, presión de predadores, etc.). En este sentido, ante la posibilidad de la disminución o el fracaso de una actividad productiva, las unidades domésticas podrían apoyarse sobre otras actividades que se desarrollan fuera del ámbito del territorio impactado. En el caso de nuestra región de estudio, la heterogeneidad ambiental se halla fuertemente influenciada por la Sierra de Laguna Blanca, la cual constituye la primera barrera orográfica de la región puneña de Catamarca. Este macizo genera en su piedemonte mayores condiciones de humedad, las que han permitido el asentamiento de sociedades a lo largo de los últimos milenios (Delfino

¹⁸ Este concepto alude al grupo social constituido sobre la base relaciones de alianza y/o consanguíneas y/o productivas, que se corresponden con y gestionan un mismo sistema de asentamiento (base residencial, puesto/s, paraviento/s).

2000). Este piedemonte contrasta con el modo de ocupación del territorio del resto de la Puna de Catamarca, donde pareció seguir la lógica de los oasis (Haber 1999, Olivera 1991b, Ratto *et al.* 2002). La variación altitudinal desde los ambientes pre-puneños aledaños hasta el alto-andino de nuestra región fluctúa en más de 3250 m (tomando 54 km lineales desde El Bolsón y Nacimientos de San Antonio, hasta las cumbres del Nevado de Laguna Blanca –6.012 msnm– Figura 4.). Este gradiente genera un vasto y heterogéneo escenario natural con múltiples condiciones climáticas particulares –temperatura, humedad, relieve, vientos– (Delfino 2000, Díaz 2009). Ante este contexto ambiental tan diverso, los habitantes de la región han articulado sus conocimientos para ajustar sus prácticas socio-productivas de un modo complementario en un intento de disminuir los riesgos potenciales. De esta manera, las unidades domésticas de Laguna Blanca suelen integrar sus actividades agrícolas en toda la extensión del piedemonte y las quebradas altas que bajan del Nevado, con la ganadería en vegas de altura y del fondo de la cuenca, actividades que se suman al aprovechamiento de recursos vegetales en distintas altitudes (combustibles, forestales, comestibles, tintóreos, medicinales, etc.), explotación de los salares, las canteras de minerales y materiales líticos. Ahora bien, esta diversidad ambiental y una posible relación de complementariedad con la región de pre-puna colindante (Korstanje 1996b), puede servir para interpretar el uso del territorio en el pasado de Laguna Blanca.

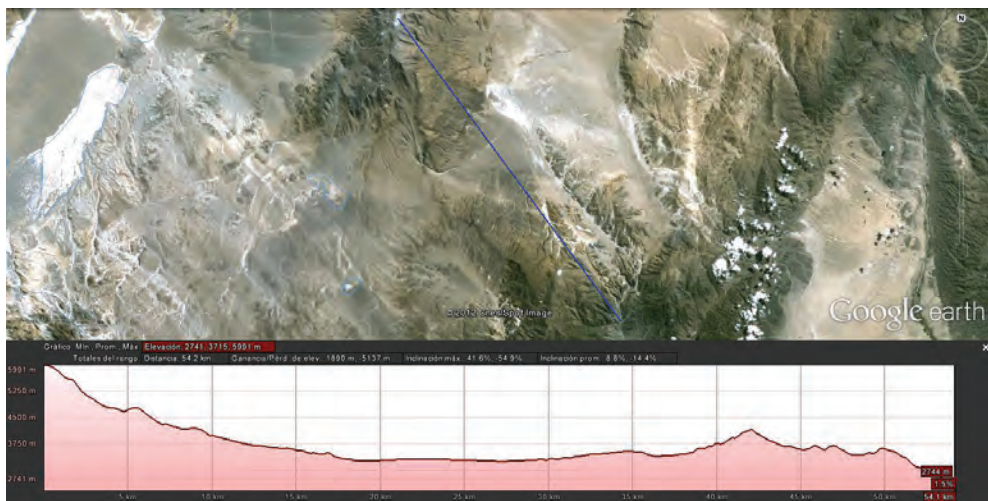


Figura 4. Transecta lineal (54 km) desde El Bolsón y Nacimientos de San Antonio, hasta las cumbres del Nevado de Laguna Blanca. La diferencia altitudinal es de 3741m.

Prácticas productivas multicíclicas

Para profundizar la comprensión de una articulación productiva en un territorio tan heterogéneo mediante estrategias organizativas de las comunidades andinas, nos detendremos en la propuesta de Golte y De la Cadena (1986) sobre actividades económicas multicíclicas en sociedades en los Andes Centro-sur. Estas prácticas productivas combinan el carácter de la organización de la producción y de la reproducción a través de la organización de ciclos productivos (como la agricultura, la ganadería, la textilera, la construcción y refacción de

viviendas, la producción alfarera, la recolección de recursos vegetales, etc.), donde los sujetos concentran su fuerza de trabajo en más de uno de los ciclos productivos, asegurando cubrir las necesidades de su reproducción. Cada ciclo productivo –según sus características– contiene en su interior múltiples sub-ciclos; para el caso de la agricultura y según su ubicación geográfica, la diversidad de cultivos (leguminosas, cereales, tubérculos, etc.) y tecnologías pueden representar sub-ciclos complementarios (con tiempos diferentes de maduración, abonamiento, resistencia a las inclemencias del tiempo, etc.). Así, la práctica productiva complementaria, se sustenta en una forma de aprovechamiento de la diversidad ambiental a partir de una serie de ciclos de producción, cuya suma permite una utilización de la fuerza de trabajo considerablemente mayor que la que se emplearía al impulsar un solo ciclo (*op. cit.*) y, que a largo plazo, reduce las probabilidades de fracaso implicado en cada uno de estos. No obstante, no debe soslayarse que los múltiples ciclos productivos se hallan atravesados por el ritualismo y un conjunto de actos propiciatorios, que le otorga sentido a la noción de integración entre lo natural y lo divino. En este tenor, la reproducción de una actividad como la ganadería no sólo recae en aspectos estrictamente economicistas, sino que, sin una correcta propiciación ritual –que gane el favor de lo divino–, el riesgo de sufrir un “daño” aumentaría su probabilidad.

La estrategia de simultaneidad cíclica puede generar necesidades de cooperación entre los miembros de una comunidad, por ejemplo las que emanan de la organización técnica de la producción o de actividades rituales colectivas. En otras palabras, la cooperación para los ciclos productivos puede tener un distinto carácter e intensidad en el transcurso del año, con variaciones casi diarias en el tamaño y las tareas del grupo cooperante (unidad doméstica, escalas supra-domésticas), así como en su organización y coordinación.

Otras características destacables de las prácticas multicíclicas, son la versatilidad y la inmediatez. Estas particularidades permiten que desde las unidades domésticas, en casos de emergencia (escasez, sequía o exceso de agua, etc.), puedan introducirse cambios oportunos en los dispositivos tecnológicos (por ejemplo, en el caso de la agricultura los cambios de una parcela de cultivos a otra, apoyado en el manejo multicíclico de los cultivos); por otro lado, permite que las unidades domésticas cooperantes modifiquen los sistemas de distribución cuando el recurso ha disminuido, ya sea por atraso de las lluvias o por excesivas tareas comunales (Zoomers 2002).

A partir de las características generales de las prácticas multicíclicas, podemos pensar en distintas posibilidades de interpretación de nuestra casuística. Para el caso de la agricultura, se podría entender la dispersión espacial de estructuras agrícolas discurriendo entre cotas altitudinales inferiores y superiores de los asentamientos aldeanos como la articulación de sub-ciclos de distintos cultivos. Al observar la dispersión de las estructuras agrícolas en la Aldea PIN, hemos determinado que se disponen ocupando tres fajas altitudinales (Figura 5): 1) entre los 3250 a los 3270 msnm se ubican exclusivamente campos de melgas (de PIN-M4 a PIN-M22); 2) entre los 3270 a los 3400 msnm se encuentran casi la totalidad de los canchones de cultivos y algunos escasos campos de melgas o despedrados; y, por último, 3) entre los 3400 a los 3530 msnm se disponen el resto de los campos de melgas y despedrados (desde PIN-M1 al M3 y desde PIN-M22 a PIN-M63), junto a algunos pocos canchones en la ribera de los cursos de agua. Como es reconocido, con el incremento altitudinal decrecen las temperaturas, por lo cual las franjas ocupadas por los tipos de estructura podrían

generar entornos propicios para cultivos diferentes¹⁹. En este contexto, puede entenderse la segmentación tecnológica del espacio a partir de la articulación de sub-ciclos productivos agrícolas. Por otro lado, en el estudio comparado entre las Aldeas Arqueológicas PIN y LB hemos propuesto la posibilidad de que la gravitación en la gestión de los espacios agrarios de estos asentamientos haya pivotado a largo del tiempo en forma alternada (Delfino *et al.* 2010, 2012).

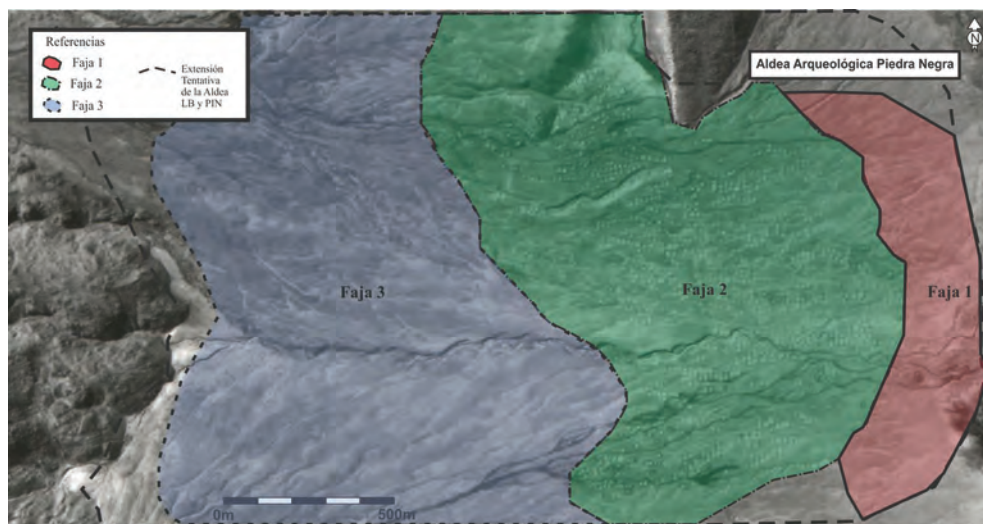


Figura 5. Vista de fotografía satelital de la Aldea PIN, con detalle de las franjas.

Asimismo, vemos que las variaciones de la combinatoria entre el sistema de asentamiento (bases residenciales-puestos-paravientos) y la complementariedad productiva agro-ganadera practicada a lo largo del gradiente altitudinal regional pueden ser diversas. Por ejemplo, es dable suponer que las unidades domésticas pudieron escalar las actividades agrícolas a través de varios sub-ciclos gestionando las redes de riego, sus parcelas y los cultivos. Por otro lado, con referencia a la dinámica ganadera puede pensarse en el empleo de los paravientos en las vegas del fondo de cuenca próximos a los 3300 msnm, articulados con bases residenciales de altura para el manejo de los rebaños en las zonas de pasturas de altura (alrededor de los 4500 msnm), o viceversa.

Prácticas productivas generalistas

En consonancia con las prácticas planteadas precedentemente ante situaciones de heterogeneidad y fluctuación ambiental y de articulación simultánea de ciclos productivos, puede pensarse que los miembros de una unidad doméstica tiendan a generalizar sus prácticas productivas en lugar de especializarse. Ellos son capaces de realizar múltiples actividades en simultáneo (como la agricultura, la ganadería, la textilera, la producción

¹⁹ A la fecha se han tomado muestras de sedimento representativas que se corresponden con los diferentes tipos de estructuras agrícolas en combinación con las variaciones de las tres fajas altitudinales.

alfarera, la recolección de recursos vegetales, etc.) para poder asegurar su reproducción social. En consecuencia, los sujetos poseen conocimientos variables y generales de cada una de las actividades, lo cual les permite mejorar sus posibilidades ante situaciones de incertidumbre. Estas prácticas pueden pensarse también en el pasado prehispánico de Laguna Blanca; los materiales arqueológicos provenientes de las investigaciones en la región (Delfino 1996-1997, 1999, 2005; Delfino *et al.* 2007b, 2010, 2012), nos orientan a proponer actividades productivas no especializadas²⁰, como por ejemplo el caso de la manufactura alfarera (Espiro 2013), la producción de artefactos líticos, el hilado, la actividad de molienda o la construcción de tecnologías de riego y agricultura (Díaz 2009, 2013a), entre otras. Ahora bien, no debemos considerar que el planteo de reconocer la capacidad de los sujetos de realizar actividades generalizadas pueda significar que los mismos se involucran en la secuencia completa de las tareas implicadas, lo cual hasta un punto podría entenderse como la autosuficiencia inequívoca de su unidad doméstica. Por el contrario, el hecho de que los sujetos lleven adelante prácticas no especializadas también conlleva a la situación de que su trabajo integre partes de la secuencia productiva de cada actividad²¹. Una situación semejante ha sido inicialmente planteada para la costa norte del Perú, a partir de estudios de contextos multi-artesanales (Goldstein y Shimada 2007; Ramírez 2007). Otro aspecto a destacar de estos trabajos, es que ejemplifican sobre situaciones donde las personas emplean un mismo dispositivo tecnológico para producciones diferentes; situaciones que se han encontrado en casos simples o complejos, por ejemplo: hornos utilizados para cocción de cerámica o en usos metalúrgicos (Goldstein y Shimada 2007); o un perforador lítico para incisiones en la manufactura de una pieza cerámica o para perforar huesos o elaborar prendas de cuero; y morteros que pueden ser usados para granos o pigmentos.

Fines productivos políticamente situados: “Red Social I”

Reconociendo que los fines primarios sobre los que se estructura la producción apuntan a la reproducción de los integrantes de la unidad doméstica, ello no limita que parte de las razones productivas impliquen también la estructura de reciprocidad que acompañan a las relaciones políticas y/o cosmovisionales de la “reproducción” supra-doméstica²². En este sentido, al participar de una racionalidad donde lo productivo se concibe también en relación con lo comunitario (es decir en instancias de reciprocidad entre sus miembros), se puede reducir el riesgo implicado en actividades como la agricultura, el pastoralismo, etc. En este contexto, podemos pensar que una comunidad puede constituirse como un “recurso” en sí mismo, ya que ante situaciones de catástrofe o límites, los integrantes de las unidades

²⁰ La ausencia de actividades especializadas parece ocurrir hasta inicios del segundo milenio d.C. No podemos ser concluyentes respecto a los contextos vinculados a la ocupación incaica debido a que aún se están investigando.

²¹ Como en las relaciones productivas contractuales denominadas “al partir”, en las cuales los sujetos acuerdan las características del reparto conveniente entre materia prima u objeto de trabajo y fuerza de trabajo para distribuir los resultados de la producción.

²² Incluso la relación producción/reproducción involucra las relaciones entre las personas y sus dioses implicando ontológicamente deberes y obligaciones mutuas, como por ejemplo los rituales y ofrendas propiciatorias en respuesta a procesos vitales de los minerales (crecimiento y maduración de la sal, arcillas, etc.).

domésticas pueden acudir a otros por ayuda²³. No debe perderse de vista que aunque nos encontramos en contextos que presupondrían relaciones igualitarias, éstas no se encuentran exentas de diferencias relativas a las manipulaciones políticas. La concepción del poder no supone relaciones omnímodas y jerárquicas, sino una configuración que articula de manera negociada y/o impuesta según los contextos.

Al concebir la comunidad como “recurso”, no debe entenderse como desarticulada a la capacidad de las unidades domésticas de integrarse en redes sociales que impliquen otras “comunidades” en una escala espacial más amplia. Así, ante situaciones de incertidumbre productiva, las unidades domésticas por sí solas o articuladas a nivel supradoméstico podrían mitigar los riesgos mediante la interacción con otras comunidades²⁴; por ejemplo, en un año de sequía en donde todos los miembros de la “red social I” se vieron afectados, la interacción con comunidades que sobrellevaron este fenómeno podría mejorar las condiciones de la reproducción social.

Resulta claro que esta práctica se encuentra estrechamente vinculada a los aspectos constitutivos de la comunidad como entidad de pertenencia y de configuración política, para lo cual nos extenderemos en el acápite específico de lo “Comunitario”.

Tendencia a la madurez de los ciclos de las unidades domésticas: “Red Social II”

Otra de las prácticas sociales estaría vinculada a favorecer las decisiones y relaciones que apuntan a la madurez de los ciclos de las unidades domésticas hacia un estado de clímax. Esta propensión podría considerarse como una práctica *–sensu lato–* de las unidades domésticas para enfrentar al riesgo, alcanzando objetivos productivos mayores. En este sentido, la tendencia puede expresarse a partir de una mayor cantidad de integrantes de la unidad doméstica con capacidad de concentrar fuerza de trabajo y/o con el aporte de trabajo proveniente de la articulación de relaciones externas al *locus* de residencia (“minga”, “ayni”, etc.²⁵). Hacia el interior de cada unidad doméstica puede pensarse en situaciones de delegación de responsabilidades, según el cual, miembros de iguales capacidades pueden reemplazarse indistintamente e independientemente de cuestiones de género y/o etarias. Los estudios etnoarqueológicos de Delfino (2001) han puntualizado que el ciclo de vida de un grupo doméstico incide en la capacidad de administración del trabajo, posibilitando

²³ Zoomers (2002) concibe la organización comunal como una “válvula de seguridad”, retomando los trabajos de otros autores. También podemos considerar la propuesta de González Olarte (1986) sobre el “el efecto comunidad”. Este autor señala que el efecto comunidad aparece como resultado de decisiones y actividades colectivas, que individualmente son menos eficientes y/o menos productivas. Es decir, la organización del proceso de trabajo adquiere formas cooperativas, las cuales permitirían alcanzar mejores resultados productivos que si fueran afrontadas de forma individual. Igualmente, existe un nivel de cooperación inferior o mínimo, que estaría representado por el trabajo recíproco o *ayni*, donde entre familias de una misma comunidad se intercambiarían fuerza de trabajo.

²⁴ No estamos en capacidad de poder predicar sobre la naturaleza de las interacciones, por lo que pensamos preliminarmente que estas pueden ser diversas y no responder exclusivamente –por ejemplo– a prescripciones interétnicas biunívocas, confiando en que las relaciones pueden expresar una dinámica tendiente a la diversificación de contactos que extendería sustancialmente el acceso a recursos económicos y socio-políticos.

²⁵ En la actualidad existen relaciones externas al *locus* de residencia que podríamos sumar, como el compadrazgo, el “patronazgo”, o el “clientelismo”.

cuestionar los frecuentes planteos arqueológicos que correlacionan directamente el tamaño de las bases residenciales con la cantidad de integrantes de la unidad doméstica²⁶.

Capacidad de generar instancias de experimentación

Una postura activa frente a situaciones de incertidumbre implica una actitud versátil frente a lo imprevisto y una fina capacidad de innovación-experimentación. La visión tecnocrática inaugurada a partir de la modernidad ha favorecido la caracterización de las sociedades pre-capitalistas andinas como regidas por una racionalidad tradicionalista y conservadora, proclives a rechazar cualquier innovación y carentes de iniciativas de cambio (Van Kessel 1992). Por el contrario, los sujetos adoptan prácticas dinámicas, innovan y experimentan en sus actividades y organización²⁷. Estos asertos podrían resultar contradictorios a lo planteado en el acápite de re-evaluación del concepto Formativo, donde presentamos una imagen de la región de Laguna Blanca con una relativa estabilidad longitudinal a través de cerca de 2.000 años; sin embargo, ello no debe leerse como que las personas durante ese tiempo hayan mantenido una actitud adversa hacia la experimentación y que por lo tanto no pudieran cambiar. Muy por el contrario, es dable suponer que la estabilidad fuera el fruto de un constante procedimiento de ensayo y error, de prácticas de experimentación cuya tendencia fue la armonización de propuestas auto-gestadas con las influencias externas re-significadas, la que terminó reforzando en cada oportunidad las elecciones e intereses propios.

Como ha podido percibirse, la serie de prácticas presentadas hasta aquí provienen, muchas de ellas, de los estudios sobre el campesinado. Así la situación nos invita a preguntarnos nuevamente si la consideración de este tipo de prácticas nos obliga a reconocer a los sujetos históricos responsables de las materialidades de la región desde los últimos dieciséis siglos, como *campesinos*. Como ya mencionáramos, si consideramos a los sujetos definidos sólo

²⁶ En el mencionado estudio etno-arqueológico (Delfino 2001), para el que tomamos datos de 26 bases residenciales de la Jurisdicción Laguna Blanca que se corresponden al 70,27 % del total, obtuvimos un promedio de superficie habitada por persona que llega a 29,54 m². Los datos obtenidos nos permitieron realizar un agrupamiento en dos conjuntos mediante un análisis de Chi² relacionando las diferencias etarias de l@s cabezas de cada unidad doméstica con la superficie que resultó “altamente significativo”. El promedio de número de miembros por familia era constante en casi todas las unidades domésticas de la muestra, pero cuando l@s cabeza de familia eran \geq de 40 años, en promedio la superficie de las bases residenciales era de 207,07 m² (es decir 39,92 m² por persona), mientras que cuando l@s cabeza de familia eran < de 40 años, sus bases residenciales poseen un superficie en promedio de 85,25 m² (es decir, de 14,7 m² por persona). Los datos referidos a superficie de BR en relación con la cantidad de personas, no muestra que el aumento en el número de miembros de las unidades domésticas implique un incremento proporcional de la superficie habitada; es decir, no se expresa mediante una relación directa. En cambio la variación registrada muestra que la superficie habitada aumenta en relación con el momento del ciclo de vida de la unidad doméstica.

²⁷ Cabe destacar que el costo/riesgo de la experimentación, en la generalidad de los casos, es asumida a favor del cambio, a pesar de que el costo del error sea alto. En las investigaciones etno-arqueológicas realizadas en grupos campesinos como los de Aguas Calientes (Distrito Laguna Blanca, Belén), hemos observado la edificación de parcelas que resultaron inviables para la práctica agrícola por sobrepasar los límites superiores del cultivo. En otro ejemplo de experimentación se registró la construcción de una red de riego con un imponente canal principal (700 m de largo) para llevar agua desde el cauce de un río permanente hasta las parcelas de cultivo (atravesando terrenos irregulares que exigieron resoluciones técnicas mediante acueductos de roca, con muros de contención laterales importantes), requiriendo el trabajo a tiempo parcial de dos adultos durante tres meses, y finalmente, la obra fue abandonada por la improductividad del suelo debido a su alta permeabilidad.

desde lo económico (visión clásica, *sensu* Capobianco 2009), nuestra respuesta continuará siendo negativa.

Por otro lado, no perdemos de vista que al hablar del sujeto campesino tomamos un claro posicionamiento ideológico, en tanto su definición nos sumerge en los campos de acción política de sectores subalternos organizados y adscriptos bajo esa figura. En nuestra práctica de una ciencia que se fundamenta sobre la utilidad social del conocimiento (Delfino y Rodríguez 1991), no queda lugar para escindir esa praxis del compromiso social con los grupos subalternos a través de un contrato cognoscitivo (Rabey y Kalinsky 1986). Este acuerdo contractual se basa en el encuentro de las partes, donde cada cual trae su andamiaje conceptual, sus visiones de mundo y sus intereses propios. En este sentido, reconocemos en las conceptualizaciones sobre el campesinado su potencialidad política en las luchas de los sujetos actuales, sin embargo, su adopción para entender los sujetos del pasado trazando una continuidad histórica, queda en las posibilidades y apropiaciones de realización política de las personas del hoy. Sin embargo, su potencialidad política no necesariamente se agota en sí misma, dejando margen suficiente para otras autoadcripciones (*v. g.* étnicas).

Sobre lo COMUNITARIO

Al hacer referencia al modo de vida comunitario debemos remitirnos a la ambigüedad en dos aspectos relacionados al empleo del concepto comunidad. Por un lado, este término resulta *connotado* asociando su existencia con la vigencia de valores como la solidaridad o la igualdad –reconociendo que estos no necesariamente han de estar presentes dentro de una comunidad- (Ramírez de Haro Valdés 1997:104). Por otro, la extensión de su uso *polisémico* (*op. cit.*) muestra ambigüedades, en tanto es utilizado para referirse a entidades muy diversas (una comunidad aldeana, ó una comunidad de propietarios, etc.), o con acepciones que remiten a un espacio físico (*v.g.* la comunidad de Chuchucarwana), o como cuando se emplea para designar un conjunto de relaciones sociales que se desarrollan en ese contexto (*v.g.* la comunidad de olleros).

Para reducir “la ficción promulgada” (*sensu* Isla 2002) operacionalizando el concepto de comunidad en nuestra realidad situada diremos que, la pertenencia a una comunidad no deviene de la proximidad espacial de residencia sino de la reactualización de las relaciones sociales de vecindad, lo que fortalece el sentido de pertenencia (Delfino y Rodríguez 1991). Para Isla (2002) la comunidad no sólo se conforma por *prácticas*, formas organizacionales e instituciones, sino que en ella también operan fuerzas en formas de ficciones o imaginarios, que se refuerzan como tales y simultáneamente a las mismas prácticas. Son estas relaciones las que devuelven una idea de identidad. El lugar de residencia opera como referente identificatorio del grupo, pero no se confunde con él (Delfino y Rodríguez 1991) permitiendo la interpretación de relaciones de vecindad entre personas que residen en lugares distantes dentro del territorio de la comunidad, como observamos arqueológicamente en el caso de las bases residenciales aisladas de los agrupamientos aldeanos (Delfino *et al.* 2009).

Podemos ver en la comunidad la intersección de varias fuerzas que coexisten de manera compleja y conflictiva ya que las unidades domésticas se requieren mutuamente para su reproducción (Isla 2002). Asimismo, otros autores han remarcado que la unidad doméstica necesitaría establecer relaciones de dependencia con otras unidades al carecer de un número

suficiente de miembros para garantizar su reproducción biológica (González Olarte 1986; Meillassoux 1984; Quesada 2011). Por otro lado, ya hemos considerado en el punto de los fines productivos políticamente situados (Red Social I), la articulación de las prácticas de las unidades domésticas para responder a contextos económicos dinámicos y expuestos al riesgo/incertidumbre. En este sentido, las actividades supra-domésticas pueden articular relaciones externas a las unidades domésticas involucradas.

Otro aspecto destacado de las relaciones sociales que se movilizarían en la esfera supra-doméstica es la alternancia en las responsabilidades o gestión de ciertas actividades (Solís 2002). Las características de los repartos de trabajos pueden ser tan diversas como las tareas emprendidas, desde faenas productivas hasta preparaciones de festividades y rituales. Contemplando que las relaciones supra-domésticas se asocian a la esfera de la organización comunitaria, hemos propuesto para la Aldea PIN que el ordenamiento de las bases residenciales pudo gravitar sobre una organización igualitaria expresada en un arreglo del territorio que denomináramos “ortogonalidad topográfica” (Delfino 2005; Delfino *et al.* 2007b – Figura 6). Por otro lado, también en este asentamiento aldeano, propusimos que el paisaje agrario pudo configurarse bajo la lógica de las redes de riego, las cuales pudieron ser construidas y gestionadas en el nivel de las unidades domésticas, aunque estas últimas interactuaran necesariamente en una escala supra-doméstica (Díaz 2009, 2013a). En otras palabras, las unidades domésticas podían generar instancias de apropiación de las tecnologías de riego y cultivo, pero no podían ejercer el control sobre el agua cuya administración se gestaba en relaciones supra-domésticas (*op. cit.*).

Asimismo los estudios sobre la organización de la producción cerámica durante el primer milenio nos están sugiriendo que ésta se resolvía en una escala doméstica. El hallazgo de instrumentos asociados a la manufactura cerámica (alisadores y pulidores cerámicos y líticos, restos de pigmentos, arcillas cocidas, etc.) en la mayoría de las bases residenciales de ambos agrupamientos aldeanos (PIN y LB) nos sugieren que sus miembros participaban, al menos en algunos momentos, dentro de la secuencia de producción (Espiro 2008, 2013). Por otro lado, las semejanzas tecnológicas en las pastas, en las formas y decoración de los materiales cerámicos nos plantean la existencia de elecciones tecnológicas (*sensu* Lemonnier 1992) compartidas, evidenciando un “saber hacer” común entre las distintas unidades domésticas.

El planteamiento del rol supra-doméstico en la organización de actividades puede apoyarse, por ejemplo, en la interpretación de las representaciones del arte rupestre del sitio Pantanito (Delfino 2003, Delfino 2005). En estos petroglifos se ha escenificado la reunión de casi un centenar de personajes antropomorfos unidos entre ellos a partir de una posición corporal de “brazos en jarra” y otros por sus manos. En una escena en particular (Figura 7), un conjunto de figuras antropomorfas se dispone en una formación que parece describir una parábola; entre los individuos que se toman por sus manos se destaca un personaje que posee mayores dimensiones y un tocado cefálico que lo distingue del resto. En esta escena los personajes parecen rodear a un camélido y por fuera de la formación se representaron otras dos figuras, una antropomorfa que estaría sujetando a otra zoomorfa (un camélido). Esta escena puede remitirnos a la realización de encierros de camélidos que en la bibliografía han sido definidos como *chakus*²⁸. Por lo registrado en los encierros actuales, esta actividad

²⁸ Los casos de encierros de camélidos pueden tener distintas finalidades, como los relatados para el Incario por los cronistas de Indias, hasta los actuales de Laguna Blanca (y de otras regiones de la puna andina)



Figura 6. Modelo de "Ortogonalidad Topográfica" propuesto para Aldea PIN.

no sólo implica la coordinación de decenas de personas para su ejecución, sino acuerdos en el reparto y distribución de la fibra y otros derivados (carnes, cueros), como así también prácticas rituales asociadas, todo lo cual nos hace pensar que en el pasado también su práctica implicó de una organización supra-doméstica.

para la obtención de fibra sin dar muerte a los animales, y otros con fines de cacería atestiguados a partir de las macroestructuras registradas por Ratto y Orgáz (2001) en la zona de Cazadero Grande (Chaschuil - Tinogasta). Por otro lado, Haber (2007) y Moreno (2009, 2010) han analizado estructuras semejantes en paisajes de caza de la región de Archibarca (Dpto. Antofagasta de la Sierra).

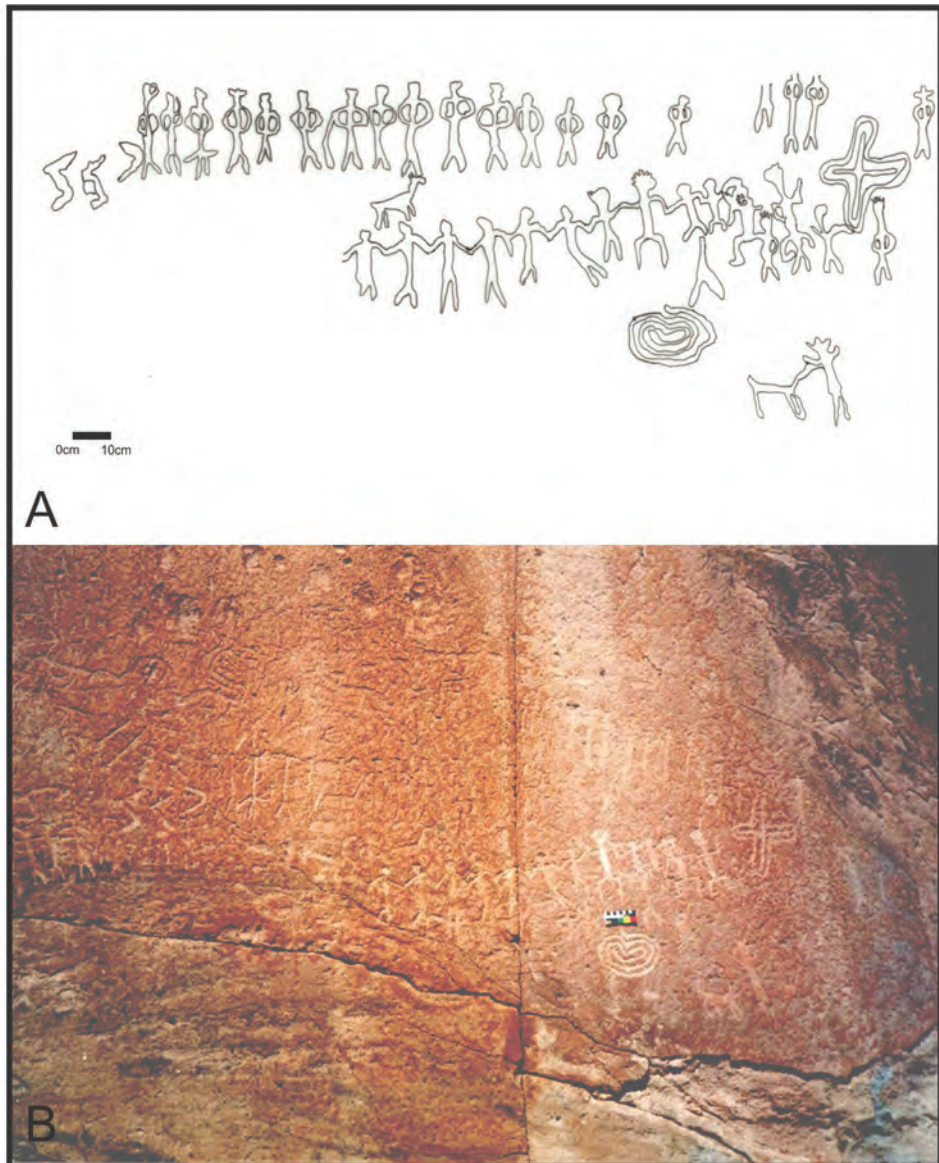


Figura 7. A) Detalle de un sector de los petroglifos del sitio pantanito, B) Fotografía de los petroglifos del sitio pantanito.

Finalmente, debemos remarcar que otros recursos y actividades pudieron haberse articulado sobre la negociación de las relaciones supra-domésticas, como es el caso de los acuerdos para el uso de zonas pasturas, la extracción de sal, la organización de batidas de caza, entre otras.

Sobre lo AGRO-CÉNTRICO

La perspectiva agrocéntrica andina²⁹ propuesta por Grillo (1990, y con Rengifo 1990) y Rengifo (1991, 2000), nos brinda un punto de partida modélico para comenzar a pensar desde lo agrario (la chacra) la construcción de un territorio cargado de sentidos, de relaciones simbólicas y sociales que reconstruyen la historia intersectando lo productivo. Estos aspectos se verían estructurados en un doble vínculo dialógico entre las personas, la naturaleza y las entidades sobrenaturales, donde las actividades estarían envueltas en un mundo vivo, que se cría y deja criarse. Diálogos generados desde las prácticas productivas (*chacra*: el espacio agrícola) y extractivas (*chaku*: la caza, recolección) que no dividen o jerarquizan a las sociedades que hicieron la historia de esta región. A partir de una visión agrocéntrica, pretendemos situar nuestras interpretaciones desde una dialéctica que se reconstruye desde lo cosmovisional. El cosmos, el mundo es entendido a través de la metáfora agrícola, en otras palabras, las relaciones que se establecen entre los sujetos y el mundo natural va a impregnar sus relaciones mutuas. Entre los lagunistos³⁰ de hoy, se articulan las actividades agrícolas, ganaderas, mortuorias, extractivas, religiosas, entre otras, en un mundo vivo donde los corrales son para criar los animales y las plantas³¹; los difuntos se siembran, al igual que las ofrendas para la reproducción animal (los restos de las orejas en el ritual productivo de la Señalada); los minerales como la sal y el barro crecen, maduran y se hachan como el “monte” (los arbustos que sirven de leña); la *Pachamama* “se viste con las cosas de los animales del campo” (silvestres); la greda para hacer las ollas se extrae en ciertos momentos del año, “no hay que molestar a la Pachamama ella como la mujer tiene sus días” (Felician P.), se *corpacha* para tranquilizar al cerro a través de sus bocas³², etc.

Con todo, podemos pensar a los lagunistos de ayer compartiendo aspectos estructurales de esta cosmovisión; en este sentido, quizás aquellos lagunistos, aún sin proponérselo, dejaron en la materialización de sus prácticas un territorio con múltiples inscripciones (las señales de los sitios con arte rupestre, las apachetas, las modelaciones agrarias, las plataformas ceremoniales, etc.), todo lo cual nos habla del devenir de las sociedades y las relaciones entre los sujetos y la naturaleza.

²⁹ La noción tras la visión agrocéntrica andina, presenta un paralelismo con la raíz del vocablo aymara *uyw-* analizado por Martínez (1989) para el sistema de *uywiris* de Isluga. Por otro lado, Haber (2007:27) –retomando a Martínez– ha aplicado el concepto de *uywaña*.

³⁰ Ó “laguchos”, como se auto-denominan los habitantes de la Laguna Blanca.

³¹ Como se mencionó en un trabajo anterior (Delfino 2001), es interesante notar que los canchones de cultivo son referidos sinonímicamente como “corrales de siembra”. Las relaciones de sentido entre las plantas y los animales domésticos parecen cruzarse más de una vez. Mientras dura el barbecho, como parte de los preparativos de los terrenos que van a ser sembrados, los canchones son utilizados como corrales de encierro de animales. Se espera que la hacienda abone la tierra, y al abono se lo llama justamente, “cultivo de animal”.

³² Para más ejemplos y detalles remitimos al trabajo de Delfino (2001).

CONSIDERACIONES FINALES: LAS CUESTIONES ABIERTAS....

Como planteáramos con anterioridad, el Modo de Vida Comunitario Agrocentrico nos permite aproximarnos a una realidad situada en la porción puneña del Departamento Belén, pensando en una relativa estabilidad a través de casi 2.000 años de la modelación de un territorio y las configuraciones sociales expresadas en un espacio arquitectónico particular. Esta posibilidad, lejos de restarle historicidad a los procesos, le devolvería una identidad al devenir histórico, como forma de racionalidad (*sensu* Criado Boado 1991:19). Asimismo, cabe señalar que la adscripción de la sociedad local a un Modo de Vida Comunitario Agrocentrico, no quita que haya quedado diagonalizada (*sensu* Caillois 1980) a través del tiempo por otras formaciones sociales diferentes (imperiales –Incario/Español–, estatales, etc.).

Esta propuesta constituye un intento de generar un modelo de cómo pudieron articularse las relaciones sociales durante el pasado en la región. Como ha podido apreciarse a lo largo de este ensayo, en buena medida, pensamos la historia de este bolsón puneño anclando parte de nuestra propuesta en un conjunto de prácticas que han sido vinculadas a sociedades de geografías, tiempos y tradiciones diversas, provenientes de observaciones etnográficas, estudios históricos, etc. Esta búsqueda entre la diversidad puede resultar un ejercicio saludable para no acotar nuestras interpretaciones y adoptar esencialismos restrictivos. Así, por ejemplo, al abordar los estudios sobre el “mundo campesino”, no nos focalizamos en las particularidades de los sujetos en tanto clase o prácticas singulares, sino que pretendimos llegar a comprender algunos de los mecanismos inherentes a la praxis tendientes a componer un andamiaje modélico que no se desmarca de los aportes de la corriente de la Arqueología Social Latinoamericana, complementada con la propuesta de una Arqueología Subalterna (Delfino *et al.* 2013a y 2013b). Igualmente, somos conscientes que al referirnos a lo andino, hemos considerado las complicaciones derivadas que surgen de este concepto complejo (De la Cadena 2008), las cuales provienen de pretensiones de universalidad y síntesis que no hacen más que diluir y homogeneizar a las historias situadas.

Finalmente, si bien hemos propuesto *deletear* el formativo debido a que como concepto no bastó para explicar el devenir histórico de ésta región, no es nuestra intención sugerir una nueva categoría cuya aplicación la reemplace y que vuelva a cargarse de significados esencialistas para ser proyectada sobre otras regiones/realidades.

Al final de este trabajo, avizoramos un largo camino a desandar en el intento de recomponer los olvidos de la historia de Laguna Blanca. Ante este hecho, recordamos que cuando *l@s lagunista@s* emprenden un viaje llevando animales cargueros (con mercaderías, productos, etc.), sorprende la rapidez en el armado de sus “*chajnas*” (el atalaje y sujeción de los bultos que van a ser transportados), incluso a veces da la impresión de que no se extremen los cuidados que darían por resultado un anclaje más estable, por lo que al ser inquiridos por ello recuerdan que “*en el camino se componen las cargas*”. Así, pues, hemos empezado a marchar...

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Acosta Ochoa, G.
1999 Procesos de trabajo determinado. La configuración de modos de trabajo en la cultura arqueológica. *Boletín de Antropología Americana* 35:5-21.
- Albeck, M. A.
1993 Contribución al estudio de los sistemas agrícolas prehispánicos de Casabindo (Puna de Jujuy). Tesis Doctoral no publicada, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de la Plata, La Plata.
- Angulo Valdés, C.
1992 Modos de vida en la prehistoria de la llanura atlántica de Colombia. En *Prehistoria Sudamericana. Nuevas Perspectivas*, editado por Betty J. Meggers, pp. 253-270. Universidad Católica del Norte, Taraxacum.
- Arnold, D. y J. D. Yapita
1998a Sallqa: dirigirse a las bestias silvestres en los andes meridionales. En *Hacia un orden andino de las cosas*, pp. 175-212. HISBOL/ILCA, La Paz.
1998b *Río de Bellón, Río de Canto. Cantar a los animales, una poética andina de la creación*. ILCA/HISBOL, La Paz.
- Bartra, R.
1976 Introducción a Chayanov. *Nueva Antropología. Revista de Ciencias Sociales* 3(1):49-69.
- Bennett, W., E. C. Bleiler y F. H. Sommer
1948 Northwest Argentine Archaeology. *Anthropology* 38:1-160.
- Boschín, M. T. y A. N. M. Llamazares
1986 La escuela histórico-cultural como efecto retardatario del desarrollo científico de la arqueología argentina. *Etnia* 32:101-156.
- Bustos, A.
2008 Etimología de trabajo. Documento electrónico, <http://blog.lengua-e.com/2008/>, Consultado el 21 de abril de 2014.
- Caillois, R.
1980 *Intenciones*. Editorial Sur. Buenos Aires.
- Capobianco, S.
2009 La cuestión agraria clásica. Facultad de Ciencias Económicas de UBA, Cátedra Economía Agropecuaria. Texto Docente, Disponible en versión electrónica: <http://www.econ.uba.ar/www/departamentos/economia/plan97/agropecuaria/Capobianco%20La%20cuestion%20agraria%20clasica.pdf> (Visitado: 18 diciembre 2012)

Chayanov, A. V.

1985 [1925] *La organización de la unidad económica campesina*. Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires.

Cowan Ros, C. y S. Schneider

2008 Estrategias campesinas de reproducción social. El caso de las tierras altas jujeñas, Argentina. *Revista Internacional de Sociología* 66(50):163-185.

Criado Boado, F.

1991 Construcción social del espacio y reconstrucción arqueológica del paisaje. *Boletín de Antropología Americana*. 24:5-29.

De la Cadena, M.

2008 La producción de otros conocimientos y sus tensiones: ¿de una antropología andinista a la interculturalidad?”. En *Antropologías del mundo. Transformaciones disciplinarias dentro de sistemas de poder*, editado por Gustavo Lins Ribeiro y Arturo Escobar, pp. 241-270. Envió Editores. Popayán.

Delfino, D. D.

1994 Relevamiento y estudio etnoarqueológico de patrones de asentamiento tradicionales. Implicancias actuales (Distrito de Laguna Blanca, Dpto. Belén. Catamarca). Informe Final del Proyecto de Investigación Inédito. Secretaría de Ciencia y Tecnología. Universidad Nacional de Catamarca.

1995 Mensajes petrificados para la arqueología del presente eterno y la premisa de la Capilla Sixtina. (Jurisdicción de Aguas Calientes, Dpto. Belén. Catamarca). *Shincal* 4:67-93.

1996-1997 Primeras evidencias de La Aguada en Laguna Blanca (Dpto. Belén. Catamarca) y los indicios de una asociación contextual con Ciénaga. *Shincal* 6:213-231.

1999 Prospecciones en los '90: Nuevas evidencias para repensar la arqueología de Laguna Blanca (Dpto. Belén. Catamarca). *Revista de Ciencia y Técnica* 7:55-80.

2000 Paisajes imaginarios entre diez escenarios espacio-ambientales en la Reserva de Biosfera de Laguna Blanca (Dpto. Belén. Catamarca). Monografía Inédita.

2001 Of pircas and the limits of society: ethnoarchaeology in the La Puna, Laguna Blanca. Catamarca. Argentina. En *Ethnoarchaeology of Andean South America: Contributions to Archaeological Method and Theory*, editado por Lawrence A. Kuznar, pp. 116-137. International Monographs in Prehistory, Ann Arbor, Michigan.

2003 El Arte Rupestre de Laguna Blanca: presentación de la variabilidad de los procesos estéticos pretéritos en tanto componente del Museo Integral de la Reserva de Biosfera de Laguna Blanca (Belén-Catamarca). *Producciones Científicas NOA 2003. Resúmenes* 1:13-14. Secretaría de Ciencia y Tecnología - Universidad Nacional de Catamarca, San Fernando del Valle de Catamarca.

2005 Entre la dispersión y la periferia. Sentido de presencias. Lagunización de La Aguada. En *La cultura de La Aguada y sus expresiones Regionales*, editado por la Universidad Nacional de La Rioja, pp. 263-291. EUDELAR, La Rioja.

Delfino, D. D., R. A. Díaz y V. E. Espiro

2007a ¿Tierras vacas o complicidad administrativa? La reorientación económica del Bolsón puneño de Laguna Blanca a partir de la colonia. *Memorias del III Congreso de Historia de Catamarca* 1:107-124.

Delfino, D. D., V. E. Espiro y R. A. Díaz

2007b Excentricidad de las periferias: la región puneña de Laguna Blanca y las relaciones económicas con los valles mesotermales durante el primer milenio d.C. En *Procesos Sociales Prehispánicos en el Sur Andino. Producción y Circulación de Bienes*, compilado por A. E. Nielsen, C. Rivolta, V. Seldes, M. Vázquez y P. Mercolli, pp. 167-190. Editorial Brujas, Córdoba.

Delfino, D. D., A. Barale, V. E. Espiro y R. A. Díaz

2007c Veinte años de arqueología socialmente útil. Problemas y resultados de una práctica con la comunidad de Laguna Blanca. Trabajo presentado en la IV^a Reunión Internacional de Teoría Arqueológica de América del Sur. Universidad Nacional de Catamarca, San Fernando del Valle de Catamarca.

Delfino, D. D., V. E. Espiro y R. A. Díaz

2007d Modos de vida situados: el Formativo en Laguna Blanca. *Actas Congreso Nacional de Arqueología, Universidad Nacional de Jujuy*, 20:281-282. UNJu, Jujuy.

2009 Modos de vida situados: el Formativo en Laguna Blanca. *Andes. Antropología e Historia*, 20:111-134.

2010 Las pircas, los límites y sus entornos. Nuevas evidencias de la aldea arqueológica Laguna Blanca. *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología* 5:1667-1673. Zeta Editores, Mendoza.

Delfino, Daniel D., R. A. Díaz y V. E. Espiro

2012 La dinámica aldeana del Bolsón Puneño de Laguna Blanca. Nuevos aportes desde el estudio de la Aldea Arqueológica Laguna Blanca". *Aportes Científicos de* 9:169-182.

Delfino, D. D., A. Barale, S. J. P. Dupuy, R. A. Díaz, V. E. Espiro y M. G. Pisani

2013a El Museo Integral de la Reserva de Biosfera de Laguna Blanca como soporte y vehículo de confrontaciones discursivas, de prácticas académicas y campesinas. En *IV Encuentro de Museos Universitarios del Mercosur*, Universidad Nacional del Litoral, 24 y 25 de Octubre, Santa Fe.

Delfino, D. D., A. Barale, R. A. Díaz, S. J. P. Dupuy, V. E. Espiro y M. G. Pisani

2013b Museo y subalternidad. Cuestiones entorno a la práctica de una arqueología subalterna en la puna catamarqueña (Argentina). En *Dábanatà. Revista latinoamericana y caribeña de Arqueología*, en prensa.

Delfino, D. D. y B. Manasse

1986 Compromiso profesional del Arqueólogo para con la realidad en que inserta su es-

tudio. Trabajo presentado en Jornadas de Política Científica para la Planificación de la Arqueología en la Argentina, Horco Molle.

Delfino, D. D. y M. G. Pisani

2010 Lejos de los caminos, un nuevo mundo de tambos, santuarios y collcas. Laguna Blanca, Catamarca. En *Arqueología Argentina en el Bicentenario de la Revolución de Mayo*. J. editado por Roberto Bárcena y Horacio Chiavazza, 2:783-788. Mendoza.

Delfino, D. D. y P. G. Rodríguez

1991 *Crítica de la arqueología 'pura': De la defensa del patrimonio hacia una arqueología socialmente útil*. Centro de Estudios Arqueológicos y Antropológicos (CEEA). Escuela Superior Politécnica del Litoral, en prensa.

Deustua, J.

1995 *¡Campesino, el patrón no comerá más de tu pobreza! Economía, mercado y campesinos en los Andes: el caso de la minería peruana en el siglo XIX*. Documento de Trabajo, 70. Serie Historia 13. Lima.

Díaz, R. A.

2009 *Historias de Agua y Tierra: Introducción a los espacios agrícolas prehispánicos de Laguna Blanca. El caso de estudio de la Aldea Arqueológica Piedra Negra* (Departamento Belén-Provincia de Catamarca. Tesis de Licenciatura no publicada, Escuela de Arqueología, Universidad Nacional de Catamarca, San Fernando del Valle de Catamarca.

2013a *Aguas ausentes e historias hendidas. Tecnología de riego y organización social del trabajo agrícola en el primer milenio a.d. (Laguna Blanca – Catamarca – Argentina)*. En *La espacialidad en arqueología: enfoques, métodos y aplicación*, editado por I. Gordillo y J. M. Vaquer, pp. 101-150. Editorial Abya-Yala, Quito.

2013b *Las aguas atrevidas y los antiguos perpetuos: una aproximación desde la irrigación a los espacios agrarios de la Aldea Laguna Blanca* (Dpto. Belén, Prov. Catamarca, Argentina). Trabajo presentado en la Mesa de Comunicaciones 1 Noroeste Argentino del 18 Congreso Nacional de Arqueología Argentina, La Rioja.

Espiro, V. E. y R. A. Díaz

2005 *Aldea Piedra Negra: Una Aproximación a la historia de sus ocupaciones. Actas del IX Congreso Nacional y II Latinoamericano de Estudiantes de Arqueología*, Córdoba.

Espiro, V. E.

2008 *Características del proceso de manufactura de las alfarerías de la Aldea Piedra Negra, correspondientes al primer milenio de nuestra era, distrito Laguna Blanca, Departamento Belén, Provincia de Catamarca. La Zaranda de Ideas* 4:09-26.

2013 *Comparando alfarerías de contextos domésticos de la Aldea Piedra Negra para mediados y finales del primer milenio d.C. (Laguna Blanca – Catamarca)*. *Arqueología* 19, en prensa.

Ford, J. A.

- 1969 *A comparison of formative cultures in the Americas*. Contribution to Anthropology 11. Smithsonian Institution, Washington D. C.

Franco, V. y E. Berberían

- 2008 Estructuración social y producción agrícola prehispánica durante el primer milenio d.C. en el Valle de Tafí (Tucumán, Argentina). *Comechingonia Virtual* 2:129-144.

Franco Salvi, V. L., J. Salazar y E. E. Berberían

- 2009 Reflexión teórica acerca del formativo y sus implicancias para el estudio del Valle de Tafí durante el primer milenio d.c. *Andes. Antropología e Historia*, 20:197-217.

Goldstein, D. y I. Shimada

- 2007 Middle Sicán multicraft production: resource and labor organization. En *Craft production and complex societies. Multicraft and producer perspectives*, editado por Izumi Shimada, pp. 44-67. Foundation of Archeological Inquiry.

Golte, J. y M. De la Cadena

- 1986 La codeterminación de la organización social andina. *Documento de Trabajo N° 13*. IEP Instituto de Estudios Peruanos. Serie: Antropología N°5. Lima.
- 1954 Investigaciones arqueológicas en el N.O. argentino. *Ciencia e Investigación* 10 (7):322-325.
- 1955 Contextos culturales y cronología relativa en el área central del N.O. Argentino. Nota Preliminar. *Anales de Arqueología y Etnología* 11:7-32.
- 1961-1964 La Cultura de La Aguada del N.O. Argentino. *Revista del Instituto de Antropología de Córdoba* 2-3:205-252.
- 1963 Las tradiciones alfareras del Período Temprano del N.O. argentino y sus relaciones con las de las áreas aledañas. *Anales de la Universidad del Norte de Antofagasta*, 2:49-65.
- 1979 Dinámica cultural del Noroeste Argentino. Evolución e Historia en las culturas del NOA. *Antiquitas* 2:28-29.
- 1980 *Arte Precolombino de la Argentina. Introducción a su Historia Cultural*. Filmediciones Valero, Buenos Aires.

González, A. R. y J. A. Pérez

- 1966 El área andina meridional. *XXXVI Congreso Internacional de Americanistas* 1:241-265. Sevilla.

González Olarte, E.

- 1986 *Economía de la comunidad campesina: una aproximación regional*. 2da edición. Editorial IEP. Perú.

Grillo, E.

- 1990 'Cosmovisión' andina y 'cosmología' occidental moderna. En *Agricultura y Cultura*

en los Andes, editado por Eduardo Grillo y Grimaldo Rengifo V, pp. 99-140. Hisbol, La Paz.

Grillo, E. y G. Rengifo V.

1990 Agricultura y cultura en los Andes. En *Agricultura y Cultura en los Andes*, editado por Eduardo Grillo y Grimaldo Rengifo V., pp. 141-197. Editorial Hisbol, La Paz.

Haber, A.

1999 Una arqueología de los oasis puneños. Domesticidad, interacción e identidad en Antofalla, primer y segundo milenios d.C. Tesis Doctoral no publicada. Facultad de Filosofía y Letras- Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

2004 Teorías arqueológicas y la negación de la agencia campesina. *Actas XV Congreso Nacional de Arqueología Argentina*. Universidad Nacional de Río Cuarto.

2007 Arqueología de Uywaña: un ensayo rizomático. En *Procesos Sociales Prehispánicos en el Sur Andino. Producción y Circulación de Bienes*, compilado por A. E Nielsen, C. Rivolta, V. Seldes, M. Vázquez y P. Mercolli, pp. 13-34. Editorial Brujas, Córdoba.

Harris, O.

2010 Trocaban el trabajo en fiesta y regocijo. Acerca del valor del trabajo en los andes históricos y contemporáneos. *Chungara, Revista de Antropología Chilena* 42(1):221-233.

Horta, H.

2004 Iconografía del Formativo Tardío del norte de Chile. Propuesta de definición e interpretación basada en imágenes textiles y otros medios. *Estudios Atacameños* 27:45-76.

Isla, A.

2002 *Los usos políticos de la identidad. Indigenismo y Estado*. Editorial de las Ciencias. Buenos Aires.

Kervyn, B.

1996 La economía campesina en los Andes peruanos: teoría y políticas. En *Comprender la agricultura campesina en los Andes centrales*, editado por Pierre Morlon. IFEA-Centro Bartolomé de las Casas, Lima/Cusco.

Korstanje, M. A.

1996a Sobre el uso del espacio durante el formativo en el Valle del Bolsón, Belén, Catamarca. *Revista del Museo de Historia Natural de San Rafael* 25(1/4):99-121.

1996b El Médano es un sitio caravanero? Apuntes sobre contextos de tráfico y territorialidad para el Formativo. En *Los desarrollos locales y sus territorios*, editado por B. Cremonte, pp. 33-64. CREA-UNJu, Jujuy.

2005 La organización del trabajo en torno a la producción de alimentos en sociedades agropastoriles formativas (Provincia de Catamarca, República Argentina), Tesis Doctoral en Arqueología no publicada, Instituto de Arqueología y Museo, Facultad

- de Ciencias Naturales e Instituto Miguel Lillo, Universidad Nacional de Tucumán.
- 2007 Territorios campesinos: producción, circulación y consumo en los valles altos. En *Procesos Sociales Prehispánicos en el Sur Andino. Producción y Circulación de Bienes*, compilado por A. E. Nielsen, C. Rivolta, V. Seldes, M. Vázquez y P. Mercolli, pp. 13-34. Editorial Brujas, Córdoba.
- 2010 Producción y consumo agrícola en el Valle del Bolsón (1992-2005). En *Arqueología de la Agricultura. Casos de Estudio en la Región Andina Argentina*, editado por Korstanje, M. A. y Marcos N. Quesada, pp. 48-75. Editorial Magma, San Miguel de Tucumán.
- Korstanje, M. A. y M. N. Quesada
- 2010 Introducción. En *Arqueología de la Agricultura. Casos de Estudio en la Región Andina Argentina*, editado por Korstanje, M. A. y Marcos N. Quesada, pp. 07-11. Editorial Magma, San Miguel de Tucumán.
- Kroeber, A. L.
- 1930 Cultural relations between North and South America. Trabajo presentado en 23º Internacional Congress of Americanists, Nueva York.
- Láguens, A. G.
- 2006 Continuidad y ruptura en procesos de diferenciación social en comunidades aldeanas del Valle de Ambato, Catamarca, Argentina (s. IV-X d.C.). *Chungará* 38 (2):211-222.
- Lemonnier, P.
- 1992 Elements for an Anthropology of Technology. *Anthropological Papers* 88:1-24.
- Lleras Pérez, R.
- 2002 El concepto de Formativo en las investigaciones Arqueológicas en Colombia: una revisión crítica. En *Formativo Sudamericano. Una Revaluación*, editado por Paulina Ledergerber-Crespo, pp. 86-96. Ediciones Abya-Yala, Quito.
- Lorenzo, J., L. Lumbreras, E. Matos Moctezuma, J. Montané, M. Sanoja y otros
- 1975 *Hacia una Arqueología Social. Reunión en Teotihuacan*. Departamento de Divulgación y Promoción Cultural, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- Lumbreras, L. G.
- 1969 *De los pueblos, las culturas y las artes del antiguo Perú*. Editorial Mondoa y Campodónico, Lima.
- 1974 *La arqueología como ciencia social*. Ediciones Histar, Lima.
- 2006 Un Formativo sin cerámica y cerámica preformativa. *Estudios Atacameños* 32:11-34.
- Martínez, G.
- 1989 El sistema de los uywiris en isluga. En *Espacio y pensamiento. I. Andes Meridionales*, editado por Gabriel Martínez, pp. 13-106. HISBOL, La Paz.

- Marx, K.
 1975[1867] *El Capital. Crítica de la economía política*. Siglo Veintiuno Ed. México.
 1989[1857-1858] *Formaciones Económicas Pre-Capitalistas*. Siglo Veintiuno Ed. México.
- Meillasoux, C.
 1984 *Mujeres, graneros y capitales*. Siglo XXI Editores, México.
- Meneses, L.
 1992 Desarrollo histórico de la arqueología venezolana. *Boletín Antropológico* 25:19-37.
- Moreno, E.
 2009 El paisaje cazador en la quebrada de Antofalla. Antofagasta de la Sierra, Catamarca. *La Zaranda de Ideas* 5:101-120.
 2010 Arqueología de la caza de vicuñas en el área del Salar de Antofalla, Puna de Atacama. Una aproximación desde la arqueología del paisaje. Tesis doctoral no publicada. Facultad de Ciencias Naturales y Museo. Universidad Nacional de La Plata, La Plata.
- Muscio H. J.
 2009 El Formativo es una Unidad de Análisis Inadecuada en la Arqueología Evolutiva del NOA. En *Arqueología y Evolución. Teoría Metodología y Casos de Estudio*, editado por Cardillo Marcelo y G. López, pp. 197-213, .
- Nielsen, A.
 1996 El pensamiento tipológico como obstáculo para la arqueología de los procesos de evolución en sociedades sin estado. *Comechingonia* 8:21-46.
- Núñez Regueiro, V.
 1974 Conceptos instrumentales y marco teórico en relación al análisis del desarrollo cultural del Noroeste Argentino. *Revista del Instituto de Antropología* 5:169-190.
- Núñez Regueiro, V. A.
 1975 El problema de la periodificación en arqueología. *Actualidad Antropológica* 16:1-20.
- Núñez A., L. y T. Dillehay
 1995 [1978] *Movilidad Giratoria, Armonía Social y Desarrollo en los Andes Meridionales: Patrones de Tráfico e Interacción Económica. Ensayo*. Universidad Católica del Norte, Antofagasta.
- Olivera, D. E.
 1988 La opción productiva: apuntes para el análisis de sistemas adaptativos de tipo Formativo del Noroeste Argentino. *Precirculados de las Ponencias Científicas a los Simposios del IX Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, pp. 83-101. Buenos Aires.
 1991a El Formativo en Antofagasta de la Sierra (Puna Meridional Argentina): Análisis de sus posibles relaciones con contextos arqueológicos Agro-alfareros Tempranos del

- Noroeste Argentino y Norte de Chile. *Actas del XI Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, 2:61-7.
- 1991b Tecnología y estrategias de adaptación en el Formativo (agro-alfarero temprano) en la Puna Meridional Argentina. Un caso de estudio: Antofagasta de la Sierra (Provincia de Catamarca). Tesis doctoral (inérita). UNLP, La Plata.
- Oliszewski N., G. A. Arreguez, H. Cruz, E. Di Lullo, C. M. Gramajo Bühler, E. P. Mauri, M. M. Pantorrilla Rivas y M. G. Srur
- 2010 Puesto Viejo: una aldea temprana en la quebrada de los corrales (El Infiernillo, Tucumán), *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología* 5:1697-1702. Zeta Editores, Mendoza.
- Pérez, J. A.,
- 1973 Arqueología de las culturas agroalfareras de la Quebrada de Humahuaca (Provincia de Jujuy, República Argentina). *América Indígena* 33(3):667-679.
- Perez Gollan, J. A.
- 1992 La cultura de la Aguada vista desde el valle de Ambato. *Arqueología* 46:157-173.
- Quesada, M. N.
- 2001 Tecnología agrícola y producción campesina en la Puna de Atacama. Tesis de Licenciatura en Arqueología no publicada, Escuela de Arqueología, Universidad Nacional de Catamarca, San Fernando del Valle de Catamarca.
- 2006 El diseño de las redes de riego y las escalas sociales de la producción agrícola en el 1er milenio D.C. (Tebenquiche Chico, Puna de Atacama). *Estudios Atacameños* 31:31-46.
- 2010 Agricultura campesina en el área de Antofalla (1997-2007). En *Arqueología de la Agricultura. Casos de Estudio en la Región Andina Argentina*, editado por Korstanje, M. A. y M. N. Quesada, pp. 76-103. Editorial Magma, San Miguel de Tucumán.
- Rabey, M. y B. Kalinsky
- 1986 El contrato cognoscitivo. Los antropólogos también son seres humanos. Trabajo presentado en II Congreso Argentino de Antropología Social, Buenos Aires.
- Raffino, R.
- 1991 [1988] *Poblaciones Indígenas de la Argentina. Urbanismo y Proceso Social Precolombino*. 2da ed. Editorial TEA, Buenos Aires.
- Ramírez, S.
- 2007 It's all in a day's work: occupational specialization on the Peruvian north coast, revisited. En *Craft production and complex societies. Multicraft and producer perspectives*, editado por Izumi Shimada, pp. 262-280. Foundation of Archeological Inquiry.
- Ramírez de Haro Valdéz, G.
- 1997 Estructura económica andina, racionalidad campesina y organizaciones de 'coope-

- ración' para el 'desarrollo'. Análisis teórico y estudio del caso de Chinchero (Cusco, Perú), en el período 1980-1992. Tesis doctoral no publicada. Universidad Complutense de Madrid, Madrid.
- Ratto N., M. Orgáz, G. De la Fuente y R. Plá
2002 Ocupación de pisos de altura y contexto de producción cerámica durante el Formativo: El caso de la región Puneña de Chaschuil y su relación con el Bolsón de Fiám-bala (Dpto. Tinogasta, Catamarca, Argentina). *Estudios Atacameños* n° 24:51-69.
- Ratto, N. y M. Orgáz
2002-2004 Cacería comunal de camélidos en los andes: el caso de las macro-estructuras la lampaya y el matambre en cazadero grande (Chaschuil, Dpto. Tinogasta, Catamarca, Argentina). *Revista Arqueología* 12:74-103.
- Rengifo Vásquez, G.
1991 Notas sobre el saber campesino andino. En *Educación y Saber Andino*, editado por CREAR, PRATEC, SEBIAE y la Sociedad Periodística El Jote Errante, pp. 31-52. CREAR, Iquique.
2000 *La crianza recíproca: biodiversidad en los Andes*. <http://www.grain.org/article/entries/805-la-crianza-reciproca-biodiversidad-en-los-andes> (visitado el 18 de diciembre de 2012)
- Rivolta, M. C.
1997 Revisión crítica de la obra de Bennett y colaboradores sobre la definición y asignación cronológica de algunos estilos cerámicos de la Quebrada de Humahuaca. *Avances en Arqueología* 3:131-147.
- Rowe, J.
1962 La arqueología de Ica. *Revista de la Facultad de Letras* 1 (1):113-131.
- Scattolin, M. C. y M. F. Bugliani
2005 Un repertorio surtido: las vasijas del oasis de Laguna Blanca, Puna argentina. *Revista Española de Antropología Americana* 35:51-74.
- Solís, J.
2002 Riego campesino: formas organizativas de regantes en comunidades andinas del Cusco. *Sepia* 9:427-470.
- Spinden, H. J.
1917 The origin and distribution of agriculture in America. Trabajo presentado en 19^o International Congress of Americanists, Washington D. C.
- Staller, J. E.
2006 La domesticación de paisajes: ¿Cuáles son los componentes primarios del Formativo? *Estudios Atacameños* 32:43-57.

Steward, J.

- 1948 A functional-development classification of american high cultures. En *A reappraisal of Peruvian Archaeology*, compilado por Wendel Bennett, pp. 103-104, Society for American Archaeology, Menasha.
- 1949 Cultural causality and law: a trial formulation of the development of early civilizations. *American Anthropologist* 5:1-27.
- 1955 *Theory of culture change*. University of Illinois Press, Chicago.

Tarragó, M. N

- 1984 La Historia de los Pueblos Circumpuneños en Relación con el Altiplano y los Andes Meridionales. *Estudios Atacameños* 7:116-132.
- 1996 El Formativo en el Noroeste Argentino y el Alto Valle Calchaquí. *Revista del Museo de Historia Natural de San Rafael* 13:103-119.
- 2007 Ámbitos domésticos y de producción artesanal en el noroeste argentino prehispánico. *Intersecciones en Antropología* 8:87-100.

Urrutia, J.

- 1992 Comunidades campesinas y antropología: historia de un amor (casi) eterno. *Debate Agrario. Análisis y Alternativas*. 14:1-16.

Van Kessel, J.

- 1992 *Holocausto al progreso: los Aymará de Tarapacá*. HISBOL.

Vargas Arenas, I.

- 1985 Modo de vida: categoría de las mediaciones entre formación social y cultural. *Boletín de Antropología Americana* 12:6-16.

Vicent García, J. M.

- 1991 El Neolítico. Transformaciones sociales y económicas. *Boletín de Antropología Americana* 24:31-62.

Walsh, C.

- 2002 Las geopolíticas de conocimiento y colonialidad del poder. Entrevista a Walter Mignolo. En *Indisciplinar las ciencias sociales. Geopolíticas del conocimiento y colonialidad del poder. Perspectivas desde lo Andino*, editado por C. Walsh, F. Schiwy y S. Castro-Gómez, pp. 17-44, UASB/Abya Yala, Quito.

Wolf, E.

- 1982 *Los campesinos*. Ed. Labor. Argentina.

Wiley, G. y P. Phillips

- 1958 *Method and theory in American archaeology*. University of Chicago Press, Chicago.

Williams, V. I.

- 2010 La Dimensión Social de la Producción Agrícola en un Sector del Valle Calchaquí

Medio. En *Arqueología de la Agricultura: Casos de Estudio en la Región Andina Argentina*, editado por M. A. Korstanje y M. Quesada, pp. 178-207, Edición Magna, San Miguel de Tucumán.

Wissler, C.

1938 *The American Indian. An Introduction to Anthropology*. Oxford University Press, Oxford.

Zoomers, A.

2002 *Vinculando estrategias campesinas al desarrollo. Experiencias en los Andes bolivianos*. Plural Editores. La Paz.